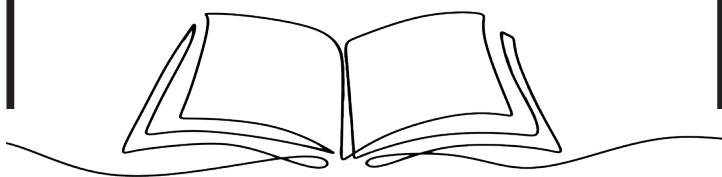


NUEVAS LÓGICAS



REFLEXIONES ESENCIALES SOBRE
LA EPÍSTOLA A LOS EFESIOS (III)

Claudio Fuentes Pfeiffer

Nuevas Lógicas

Reflexiones esenciales sobre la Epístola a los Efesios (III)

Claudio Fuentes Pfeiffer • 2025

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

Todas las citas bíblicas se han tomado de la Santa Biblia, Versión Reina Valera 1960, propiedad de las Sociedades Bíblicas en América Latina.

Foto en la portada de *ngupakarti* en iStockphoto.

Impreso en Chile

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
OBEDIENCIA POR PRIMER AMOR.....	6
Dios escudriña la motivación del corazón	
Servicio, amor e idolatría	
La fuente del amor	
Conclusión	
¿POR QUÉ RESPONDEMOS CON HUMILDAD, AMOR Y PACIENCIA?	18
Entre el dicho y el hecho...	
La clave está en donde fijamos la vista	
La realidad del padre y nuestro actuar	
¿Qué masticas en tu mundo interior?	
PENSAMIENTOS Y SANTIDAD	33
El problema	
El milagro de la luz	
La decisión	
UNA NUEVA LÓGICA.....	45
La lucha	
Por ejemplo: La mentira	
CRISIS DE IRA	57
Motivos pecaminosos de la ira	
Donde fijar los pensamientos	
El trabajo de las emociones	
ROBO, TRABAJO Y DADIVOSIDAD.....	69
La ley se resume en amar	
Robo y lógicas del evangelio	
Conclusión	
¿BOCA DAÑINA O EDIFICANTE?	79
El piso desde el cual obedecemos	
Obediencia desde la relación	
En lo concreto	
CONCLUYENDO.....	89
Desvestirse y vestirse	
El redentor es el camino	

INTRODUCCIÓN

Jesús les dijo: - ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos respondieron: - Sí, Señor. Él les dijo: - Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas. (Mateo 13:51-52)

¿Cómo vivir una vida cristiana? ¿Cómo transitar concretamente por el sendero estrecho de la fe? Dios mismo nos lo respondió de manera brillante en una breve carta que dos mil años atrás escribió un hombre a una pequeña comunidad de creyentes ubicada en la ciudad de Éfeso, actual Turquía.

El presente libro consta de reflexiones pastorales en torno a estos tópicos fundamentales que la Epístola a los Efesios nos presenta en sus últimos capítulos de una manera asombrosamente compactada, tal como si fuese un diamante, o un viejo tesoro fundido, o una perla de gran precio...

OBEDIENCIA POR PRIMER

AMOR

*A Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.
Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados. (Efesios 3:21-4:1)*

Dios escudriña la motivación del corazón

La cita recién expuesta pareciera presentar dos versículos desconectados el uno del otro. No obstante, recordemos que las epístolas originales no venían enumeradas en versículos o capítulos, ni tampoco venían con títulos explicativos entre párrafos. Eran simplemente cartas. Escritos pensados para ser leídos de una sola vez y, en lo posible, a viva voz ante la congregación local.

En estos dos versículos se encuentra la línea media de la epístola.

Las cartas de Pablo generalmente están estructuradas en dos partes: una primera más doctrinal y una segunda más práctica. Esto lo podemos reconocer con tan solo analizar la cantidad de imperativos (mandatos morales como “*hagan esto*” o “*no hagan esto otro*”), presentes en esta carta. En los primeros tres capítulos, encontramos solamente un mandato moral, mientras que en los segundos tres, encontramos ¡cuarenta!

Esto no es azaroso. La estructura de la carta a los Efesios, tiene lógicas y enseñanzas muy importantes. Más aún, me atrevo a decir que, debemos estructurar nuestras vidas de la misma manera como está estructurada esta carta.

Tan solo pregúntate: ¿Qué es primero?, ¿hacer, trabajar y servir; o comprender, conocer la verdad y entender el Evangelio? Basta solamente con observar la estructura de ésta y las demás cartas paulinas, para contestar con un contundente: El orden es primero comprender el Evangelio, para poder servir con un corazón adecuado.

¿Por qué? Entre muchos motivos, porque:

*Si repartiese todos mis bienes para dar de
comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo
para ser quemado, y no tengo amor, de
nada me sirve. (1ª Corintios 13:3)*

En otras palabras, la motivación con la cual hacemos las cosas, la lógica detrás de nuestro servicio, la comprensión detrás de nuestras acciones, ¡es crucial!

No es algo menor, ¡es fundamental!

Detrás de cada acción, de cada obra, hay una motivación, hay un motor, hay un porqué lo hago, y ese porqué determina si esa acción va a ser agradable o no agradable a Dios.

Imaginemos (pues no creo que suceda en la realidad) el siguiente caso: Dos asistentes fieles a todas las reuniones ecle-

siásticas habidas y por haber. Uno viene orgulloso de sí mismo, porque es responsable y creyente. El otro viene una y otra vez porque está tan agradecido por el perdón de Dios, que le encanta venir a alabarle. La misma acción, dos motivos muy distintos.

Imaginemos (nuevamente pura ficción) a dos servidoras fieles de la iglesia. Trabajan, cocinan, limpian y ayudan. Una lo hace porque le encanta que la gente le diga que es una buena cristiana y buena servidora. La otra lo hace porque ama tanto a su Señor Jesús, que quiere servirle con todo. La misma acción, el mismo esfuerzo, pero dos corazones muy distintos.

Lo mismo cuando pasan la ofrenda el domingo, dos personas se meten la mano en el bolsillo y sacan un billete grande y lo depositan en el ofrendero. Uno lo hace orgulloso de su propia dadivosidad, esperando en su corazón que Dios le duplique prontamente ese dinero (como si el ofrendero fuese una especie de fondo mutuo celestial, o acciones en Wall Street). La otra persona deposita el billete orando:

“Señor, todo lo mío es tuyo, y me has dado tanto. Me has dado el sol y el aire, la comida y la ropa; me has dado tu sangre, tu adopción, el gozo eterno. Tanto, tanto. Yo sé que este dinero es nada en comparación con todo lo que me has dado, pero tómalo como un acto pequeño de adoración y gratitud.”

Dos acciones iguales, dos corazones distintos. (Y, dicho sea de paso, si usted fuera Dios, ¿a quién de los dos querría proveer con un poco más de dinero?)

Las mismas acciones. Asistencia dominical. Servicio. Ofrenda.

Pero ¿en qué se fijará Dios?

*Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los
corazones, y que la rectitud te agrada;
por eso yo con rectitud de mi corazón
voluntariamente te he ofrecido todo esto
(1ª Crónicas 29:17)*

Por tanto, ¿será importante que, antes de ponernos a enseñar y aprender los cuarenta mandatos de la segunda sección de Efesios, entendamos primero qué hizo Dios por nosotros?

¿Será importante primero focalizar en el *ser* antes que en el *hacer*?

¿Será importante que, antes de fomentar las actividades y presionar a la iglesia a hacer esto o aquello, primero la iglesia conozca el Evangelio, y sepa de su adopción, de su ciudadanía, de su salvación por gracia, de su elección, y que estaba muerta en delitos y pecados?

No solo es necesario, ¡es prioritario!

Porque de un corazón que conoce a Dios, y se maravilla de Dios, y se goza en su salvación, saldrá un servicio puro, recto y gozoso ante Dios. Y no queremos ser simplemente una iglesia activista, sino que una iglesia que glorifica a Dios, ejecutando sus acciones con rectitud de corazón.

Servicio, amor e idolatría

Ésta no es una lección fácil de aprender. Solo un par de décadas después de haber recibido esta carta, Jesús tuvo que reprender a esta iglesia precisamente por este motivo: no vivir Efesios 4 al 6, sobre la base de Efesios 1 al 3.

*Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y
paciencia; y que no puedes soportar a los
malos, y has probado a los que se dicen
ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado
mentirosos; y has sufrido, y has tenido
paciencia, y has trabajado arduamente por
amor de mi nombre, y no has desmayado.
Pero tengo contra ti, que has dejado tu
primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde*

has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido. (Apocalipsis 2:2-5)

Jesús no les estaba pidiendo que dejaran de obedecer, que dejaran de hacer obras, sino que volvieran a las primeras obras. ¿Qué era lo diferente entre las primeras obras y las postreras? De acuerdo con lo que vemos en estas palabras, solo la motivación.

El motor detrás.

El primer amor a Jesús.

Detengámonos en este punto: ¿Por qué es tan importante que la motivación detrás de las obras, detrás de nuestra obediencia, sea la adecuada, es decir, el amor a Jesús?

¿Por qué se fija tanto Dios en nuestro mundo interior, en nuestras lógicas, en lo que pensamos?

¿Por qué escudriña las intenciones de nuestro corazón?

Porque ahí está la adoración.

Si la motivación de mi acción no es Jesús, lo será un ídolo, y los ídolos esclavizan y destruyen.

El servicio siempre es adoración. ¿Acaso no se repite en el Antiguo Testamento continuamente la frase “sirvieron a los baales, a dioses ajenos, a sus ídolos...”? Las obras de mi cuerpo, mis movimientos, mi agenda, mi actuar, mis priorizaciones, todo está comandado por aquellas cosas que yo más amo. O es adoración a Dios, o es adoración a otra cosa.

Supongamos que idolatramos, adoramos, amamos las palabras de afirmación.

Es normal que nos guste que nos digan cosas lindas y palabras de afirmación. Pero si esa sed por palabras de afirmación se me desreguló y pasó a ser un primer amor, el centro de lo que busco,

entonces se transformó en mi dios, en un ídolo que me va a esclavizar. Le voy a obedecer a él, antes que a Jesús; voy a estar dispuesto a pecar, con tal que me digan algo lindo.

Muchos adulterios comienzan con frases así: “Como mi esposo no me dice nada lindo y este compañero de trabajo sí, entonces me voy con él.” No puedo servir a dos señores, pues obedeceré a uno antes que al otro. Los ídolos esclavizan.

En la iglesia haré las cosas siempre buscando que me digan algo lindo. Y cuando no me digan aquello que yo esperaba, o, aún peor, cuando me digan algo feo, me voy a ir a piso, a depresión, incluso hasta la ideación suicida. De activismo pleno, me iré a cero. Me iré de la iglesia. Estaré indignado. Pelaré. Brotarán los frutos de la carne.

¿Y por qué tanto?, ¿por el pecado del otro?, ¿solo porque tal líder me dijo algo feo? No. No solo por eso. En realidad, es porque tocaron mi primer amor, mi ídolo, que es la búsqueda de palabras de afirmación.

Y el Señor no te dirá “pobrecita, ¡cuán mal te han tratado!”, sino que te mirará firme y te dirá con amor:

Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras. (Apocalipsis 2:4-5)

Es muy importante el motor por el que hacemos las cosas, el por qué obedecemos.

Si no sirvo a Cristo, sirvo a Baal.

Si no obedezco por gratitud a Jesús, obedeceré sirviendo a dioses ajenos.

Supongamos que adoramos e idolatramos la posición de poder.

Es relativamente normal el que obtener un cargo, o una posición de autoridad, genere cierta emoción, pues es un desafío, incluso tal vez algo nuevo. Pero cuando mi búsqueda de cargo y posición se torna un afecto central, un primer amor, entonces se tornó mi dios, se volvió un ídolo que me esclavizará y me destruirá.

Al principio estarán todos contentos por cómo actúas: eres responsable, trabajador y servicial. Solo que, en tu corazón, en realidad anhelas ir escalando en responsabilidades y posiciones jerárquicas, y es ésta la razón de que hagas todo tan perfecto.

Cuando nombran a otro líder o encargado, en tu interior te indignas, porque crees que el otro no se merece esa posición tanto como tú. Por otro lado, cuando te nombran a ti sientes que es lo justo, que es lo adecuado. Te sientes importante y valorado, pero resulta que ese sentimiento de valoración no proviene de saber que Dios te ama, o por el sacrificio de Jesús, sino que proviene de sentirte valorado por tu posición ministerial o laboral.

Es decir, si por “a”, “b” o “c” motivo no sigues en el cargo, te vas a desarmar y deprimir. Intentarás aferrarte al cargo con dientes y uñas; pelearás y mentirás, pues todo vale. Y esto es porque amas a tu dios sobre todas las cosas: la posición de poder.

Invariablemente, si eres un hijo de Dios, tu Padre celestial te sacará del cargo, pues botará tu ídolo, porque te ama y te dirá:

Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras (Apocalipsis 2:4-5)

¿Es importante el motor por el que hacemos las cosas?

¡Sí!

Si no sirvo a Cristo, sirvo a Baal.

La fuente del amor

Ante esta realidad, la pregunta que deberíamos plantearnos en seguida es: ¿Y cómo surge esto de tener un amor genuino a Jesús?, ¿cómo logramos tener como motor y motivación primaria el amor a Él?

Pues bien, ése es precisamente el proceso de santificación que está llevando a cabo el Espíritu Santo en todos nosotros, los hijos de Dios, es la batalla por la santidad que estamos todos luchando.

Un aspecto crucial que ocupa el Espíritu Santo para santificarnos y purificar nuestras motivaciones es Su Palabra. La Biblia, que es lumbre para nuestro caminar. La Biblia, que es una espada de verdad, que penetra hasta nuestro corazón.

Y al escudriñar la Biblia, aprendemos esto de la estructura de Efesios. Es importantísimo que primero pase por nosotros Efesios 1, 2 y 3, y después Efesios 4, 5 y 6. Primero, lo que Dios hizo por mí, después cómo yo respondo a ese amor.

El Espíritu ocupa Efesios 1-3 para hacer que nuestra obediencia a Efesios 4-6 sea con la motivación genuina de glorificar a Dios, para que sea de acuerdo con la dignidad del llamamiento de Cristo.

*A Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús
por todas las edades, por los siglos de los
siglos. Amén.*

*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que
andéis como es digno de la vocación con
que fuisteis llamados. (Efesios 3:21 - 4:1)*

Así como se relaciona el versículo 3:21 con el 4:1, también hay una directa relación en que Dios sea glorificado en una Iglesia y que ésta ande como es digno de la vocación, del llamamiento de Cristo. Antes de estos dos versículos, Pablo presenta todo lo

que Dios ha hecho por nosotros. Después de estos dos versículos, viene nuestra respuesta de amor a lo que Dios ha hecho por nosotros.

Primero Efesios 1 al 3, después los cuarenta mandatos de Efesios 4 al 6.

Dicho de otra manera: Perdonamos, porque entendemos que Él nos perdonó primero. Servimos, porque sabemos que Él nos sirvió primero. Lo amamos, porque Él nos amó primero.

Así como está estructurada la carta a los Efesios, con una base sólida del Evangelio como fundamento de nuestras obras, debemos estructurar nuestras vidas.

Entonces, ¿de dónde surge en el cristiano ese amor genuino y profundo hacia Dios, que Jesús tanto le demanda a la Iglesia? Es una respuesta natural al comprender, por medio del Espíritu y Su Palabra, cómo Dios nos ha amado.

Cuando realmente comprendo que lo que merezco es ir al infierno eterno y, no obstante, sin merecerlo, Jesús bajó y me rescató de las llamas, ¡lo amo!

Cuando entiendo que yo estaba muerto, siguiendo sin vida la corriente mortífera de este mundo, y resulta que, por pura misericordia, Dios sopló y me dio aliento de vida, ¡lo amo!

Cuando vislumbro que yo era enemigo e impuro, sin acceso a un hogar eterno, expulsado por una eternidad como Caín, y que, sin embargo, el Padre amoroso me buscó y me hizo retornar al Reino, a precio de la sangre de Su amado Hijo, ¡Lo amo!

Por eso Pablo termina la primera sección de la carta a los Efesios orando:

*Por esta causa doblo mis rodillas ante el
Padre de nuestro Señor Jesucristo [...]
[para que] seáis plenamente capaces de
comprender con todos los santos cuál sea la*

anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. (Efesios 3:14,18-19)

¡Quiero que entiendan la profundidad y la altura de Su amor!
¡Qué tremendo amor!

¡Qué tremendo el amor de Cristo, que se humilló y se hizo hombre!

Qué tremendo el amor de Cristo, que no solo se hizo hombre, sino que ¡siervo de hombres!

¡Qué tremendo el amor de Cristo, que no solo se hizo siervo de hombres, sino que incluso se hizo pecado, para librarnos del pecado! ¡Murió para matar a la muerte!

¡Qué tremendo el amor de Cristo!

Cuando el Espíritu Santo te concede entender todas estas cosas, la segunda sección de la carta, la de los cuarenta mandatos, fluye naturalmente con gozo. No es un peso, no es gravoso. Fluye con gozo, con sentido de honra, con profundo agradecimiento.

Esposo, ama a tu esposa. “Amén Señor, quiero ser como Tú.”

Esposa, sujétate y respeta a tu esposo. “Amén Señor, es un honor servirte.”

Hijos, obedezcan a sus padres. “Amén Señor, te amo.”

Jefes, no recurran a la amenaza. “Amén Señor, ¿cómo no obedecer al mejor Jefe de todos?”

Trabajadores, obedezcan a sus jefes. “Amén Señor, a ti servimos.”

No roben, sino que sean dadivosos. “Amen Señor, lo haré para tu gloria.”

¡Ese es el sentido del hacer! ¡Es una alabanza a Dios!, ¡es un glorificarlo, ¡es una respuesta de amor a Su amor primario y eterno!

Dios merece toda alabanza y toda gloria.

A Él sea gloria en la Iglesia en Cristo Jesús.

Conclusión

*A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús
por todas las edades, por los siglos de los
siglos. Amén.*

*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que
andéis como es digno de la vocación con
que fuisteis llamados. (Efesios 3:21 - 4:1)*

¿Cuándo es glorificado Dios en la Iglesia? Cuando la Iglesia anda como es digno del llamamiento. Cuando la Iglesia anda en amor.

Esa frase, *en amor*, se va a repetir una y otra vez en la Epístola a los Efesios.

Nuestro Jesús no se merece una iglesia ocupada y activista que hace y hace, pero que en sus corazones no lo exalta, sino que adora a otros dioses. Dios se merece que la gloria en la Iglesia sea Suya, sea de Jesús. Y le glorificamos cuando andamos como es digno de Él, como Él se lo merece. ¿Y cómo es andar de manera digna de Él? Sirviéndole con amor. Obedeciéndole con gratitud. Siguiendo Sus pasos, con sentido de honra.

¿Y cuál va a ser la manifestación externa visible de una iglesia que sirve con la motivación genuina de amor a Jesús? Por sus frutos los conoceréis.

El fruto del Espíritu es la manifestación natural de un servicio motivado en el amor a Jesús. El fruto del Espíritu es el carácter de Cristo. Y exactamente por ahí va a seguir el texto de Efesios:

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. (Efesios 4:1-3)

El fruto de un servicio eclesiástico motivado en ídolos va a ser el fruto de la carne: Peleas, contiendas, griterío, calumnias, mentiras, fornicaciones, herejías. Pero el fruto de un servicio a Dios con una correcta motivación va a ser la presencia del carácter de Cristo: Humilde, manso, paciente, lleno de amor, solícito en guardar la unidad.

Terminamos este primer capítulo preguntándonos lo siguiente: ¿Qué fruto está dando nuestra vida? ¿Estamos llenos de peleas y rivalidades?

Si es así, debemos primeramente comprender que hemos caído del primer amor a Jesús y estamos sirviendo a otros señores en nuestro corazón.

Pidámosle a nuestro Señor que nos lo muestre y nos conceda arrepentimiento.

Busquémoslo con rectitud de corazón.

¿POR QUÉ RESPONDEMOS CON HUMILDAD, AMOR Y PACIENCIA?

*Con toda humildad y mansedumbre,
soportándoos con paciencia los unos a los otros en
amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu
en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu,
como fuisteis también llamados en una misma
esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe,
un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual
es sobre todos, y por todos, y en todos. (Efesios
4:2-6)*

Entre el dicho y el hecho...

Lindo pasaje.

Usted lo conoce.

Pero usted llega temprano, prepara la sala en donde va a tener grupo pequeño (ya sea discípulo o discipulador), deja todo lindo; va al baño, vuelve, y otro grupo se había instalado en la sala y no está dispuesto a salir. Así no más. Usted está enfurecida, sabe que debe actuar con paciencia, pero queda indignada con esos supuestos “hermanos”.

Lindo pasaje de Efesios.

Usted incluso a veces lo canta en alguna versión musicalizada de los versículos.

Pero usted ve que un hermano en la iglesia tiene necesidad económica; quiere animarlo y ayudarlo, así que se acerca y le regala plata, pero resulta que el hermano lo toma de muy mala manera, como una humillación, se enoja, le tira el dinero de vuelta, y le increpa diciéndole que qué se cree. Usted queda sin palabras, pero no solo sin palabras, sino que se enoja también. Quería ayudar y resulta que lo atacaron. Sabe que tiene que actuar con humildad y ser solícito en guardar la paz, pero está indignado. Hay veces en que este versículo no corre.

Lindo pasaje.

Pero usted quiere celebrarle el cumpleaños a su papá o mamá, y tiene planeado un lindo almuerzo familiar, pero resulta que ese mismo día uno de sus hermanos se llevó a su papá o mamá, sin decirle a nadie, e hizo un paseo de cumpleaños personal sin invitados. Usted está enfurecido, sabe que tiene que amar, procurar la unidad, pero queda con amargura. Usted sabe, pero entre el saber y el hacer hay un amplio abismo.

Entre el dicho y el hecho hay un largo trecho.

Inventé estos tres ejemplos (que obviamente nunca han pasado, ni nunca pasarán), para que vayamos entendiendo la problemática a trabajar en este capítulo. Podría inventar mil ejemplos más, pero la estructura de base de cada una de estas historias es la misma: Vives una injusticia. El hermano peca contra ti; sabes que debes actuar en humildad, mansedumbre, amor y paciencia, pero no lo logras, estás enfurecido y peleas. ¿Por qué peleas?

O más bien dicho, ¡¿cómo no enfurecerse?!

La clave está en donde fijamos la vista

*Con toda humildad y mansedumbre,
soportándoos con paciencia los unos a
los otros en amor, solícitos en guardar la
unidad del Espíritu en el vínculo de la paz;
un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis
también llamados en una misma esperanza
de vuestra vocación; un Señor, una fe, un
bautismo, un Dios y Padre de todos, el
cual es sobre todos, y por todos, y en todos.
(Efesios 4:2-6)*

Pregunta importante: ¿qué tienen que ver los versículos 2 y 3, con los versículos 4,5 y 6? Vuelve a leer el párrafo e intenta responder lo siguiente: ¿Por qué se pone Pablo repentinamente a hablar de un Espíritu, un Señor y un Padre? ¿Por qué junta estas frases? Pablo está argumentando algo, pero ¿qué está argumentando?

Antes de intentar resolver esa pregunta, quiero resaltar la frase de ser *solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*.

Guardar la unidad significa que no creamos la unidad, no la forjamos, no la inventamos, sino que solo la custodiamos. La unidad ya está. El Espíritu Santo creó la unidad al regenerar nuestros corazones, abrir el velo de nuestro entendimiento y permitirnos ser parte del Cuerpo de Cristo, y piedras vivas en el templo del Dios.

Muchos grupos cristianos (grupos de jóvenes, grupos de adultos, grupos x varios), quieren crecer en unidad, y para eso hacen paseos, asados, salidas y juegos. Qué bueno que hagan tales actividades, pero es importante entender que:

Primero, eso no crea unidad. En los trabajos y en los cursos de colegio también hay paseos, pero eso no implica que no hayan envidias, pleitos y divisiones. La verdadera unidad está en el Espíritu, entre aquellos que han sido hechos hijos de Dios.

Segundo, la unidad del Espíritu se cuida, se guarda, siendo solícitos, activos, proactivos en guardar todos los vínculos, todas las relaciones con mis hermanos, en paz. Aunque un grupo nunca haga un paseo, si es solícito en trabajar todas las contiendas internas de manera abierta y en amorosa, va a ser un grupo muy unido. O al revés, si no es solícito en esto, puede ser que los paseos empeoren el problema (porque en esas instancias suele haber mucho tiempo y ocasión para pelearse).

Así que Pablo habla de ser solícitos, proactivos, en guardar esa unidad que ya tenemos por el Espíritu Santo, poniendo el foco en guardar nuestras relaciones con los hermanos en la fe en paz.

Ok. Estamos claros. Pero ya vimos al inicio que entre el dicho y el hecho hay mucho trecho. Lo sabemos, pero muchísimas veces no lo hacemos, porque la injusticia y el pecado del otro nos enojan.

Y es en este punto que la inspiración del Espíritu Santo guió a Pablo a escribir subsiguientemente esto:

*Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis
también llamados en una misma esperanza
de vuestra vocación; un Señor, una fe, un
bautismo, un Dios y Padre de todos, el
cual es sobre todos, y por todos, y en todos.
(Efesios 4:4-6)*

¿Cuál es el énfasis de estos tres versículos?

El Uno.

Un solo cuerpo, un Espíritu, un, un, uno solo.

Y la Trinidad.

El Espíritu Santo, Jesucristo el Señor y Dios Padre.

Nuestra unidad se basa en que estamos en Él.

¿Por qué pondría Dios este recordatorio de la unidad que tenemos en el Dios Trino?

De acuerdo con lo visto en el capítulo anterior referente a la estructura de la epístola, creo que no es atrevido decir que aquí el Señor nos recuerda una vez más lo que somos y lo que tenemos, con el fin de que esa verdad sostenga nuestras interacciones.

El Señor nos recuerda hacia dónde hay que mirar para poder sostener vínculos en paz, la humildad, la mansedumbre y la paciencia.

Tenemos que mirar al *Espíritu Santo*, tenemos que mirar cómo Él nos insertó en un cuerpo y nos llamó a una esperanza de gloria eterna.

Tenemos que mirar a *Jesús*, nuestro Rey y Señor, y cómo Él es el centro común de nuestra fe; tenemos que mirar el bautismo, la muerte y la resurrección que tenemos en Él.

Tenemos que mirar al *Padre*, que está sobre nosotros, a través de nosotros y en nosotros.

Cuando miro a las personas y el pecado de injusticia que cometen contra mí, voy a responder al pecado de las personas con más pecado. Al mal, voy a responder con mal. Pero cuando fijo mi mirada en Dios, en la Trinidad, podré responder bien ante el mal del prójimo, porque no estoy mirando al prójimo, sino a Dios y el eterno bien que Él me ha hecho.

La realidad del padre y nuestro actuar

Entendamos esto un poco mejor. Centrémonos más en el versículo seis, en Dios Padre, para que al final del capítulo, ya entendiendo el argumento, podamos decir también unas breves palabras acerca de los versículos 4 y 5:

Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. (Efesios 4:6)

*a) Tenemos un Padre que es **sobre** todos*

¿Qué tiene que ver esta frase con ser humildes y solícitos en guardar la paz? Todos deseamos estar al alero, a la protección, de alguien más fuerte, más grande y más poderoso. El sentirnos protegidos, el saber que, si me falta, Él me va a proveer. El sentirnos amados, el que alguien nos vea y le interese.

Los padres terrenales son esa primera figura de protección, provisión, cobijo y amor que tenemos. Aunque tal vez en tu vida no cumplieron mucho esa labor y eso te ha llevado a crecer en continua suspicacia hacia los demás, o en autosuficiencia, buscando sobrevivir solo, o buscando el amor de los demás. O tal vez tus padres sí fueron buenos, pero murieron y te sientes desprotegido y huérfano.

Obviamente, esas sensaciones de desprotección, de falta de cobijo, de falta de seguridad, de falta de amor, te tienen en un estado de hiper alerta, siempre a la defensiva y, tal vez, por lo

mismo eres muy mal humorado, o el más rápida del viejo oeste para soltar palabras hirientes.

Pero aquí Dios te recuerda que tienes un Padre, que te mira diariamente, que te conoce. Él está sobre ti.

Tienes un Padre, que te provee, que te cuida. Él está sobre ti. No estás a la deriva, no estás en soledad.

Tienes un Padre que te ama, que te ve. De hecho, Él te vio desde antes que nacieras. Él ya había fijado Sus ojos sobre ti. Y tienes que recordar esa realidad diariamente. La tienes que pensar y masticar.

Tienes un Padre, que ve todas las contiendas. Él se hace cargo, y trabaja con y en cada uno de Sus hijos.

Si fijas tus pensamientos en esto y llenas tu mente de esta verdad, ésta va a influir directamente en tus interacciones con los hermanos en la fe.

Por ejemplo, si retomamos el ejemplo del “robo de sala” por parte de un grupo, en ese caso te vas a sentir atropellado. Pero vas a llegar a la casa a conversar con tu Papé celestial, que también es Padre de ellos.

Y, primero, vas a botar la emoción, y vas a llorar tu frustración en los brazos de Dios Padre. Porque sabes que te ama, que vio todo, y que tiene consuelo para ti.

Segundo, vas a dejar el asunto en Sus manos, que son grandes, capaces y amorosas; soltarás la carga y quedarás libre de ella, con las emociones decantadas y el asunto trabajado en tu corazón. Eso va a significar que la próxima vez que veas a aquel malvado grupo de hermanos, vas a poder conversar con ellos con calma y explicarles tu posición, pero sin rencor, sin rabia, sino con amor, siendo solícito en guardar la unidad del Espíritu y fomentando los vínculos de paz.

¿Cómo pudiste enfrentar la situación de esta manera? Porque fijaste los ojos no en los demás, en el pecado de los demás, o en la injusticia, sino en el mero hecho que tienes un Padre y que está sobre todos. Llenaste tu mente de la verdad de la Paternidad de Dios sobre tu vida y la vida de tus hermanos, y de la abundancia de tu corazón, actuó tu cuerpo y boca.

¿Qué abunda hoy día en tu corazón?, ¿Jesús? ¿las verdades del Evangelio?

Vamos a la siguiente frase:

*b) Tenemos un Padre que es **por** todos*

Ese “por” en el idioma griego original (*gr.diá*), no es un “a favor de”, sino “a través de” todos. Tenemos un Padre que actúa a través de nosotros.

Todos deseamos tener un propósito, todos deseamos sentirnos útiles, sentir que lo que hacemos vale de algo, que tenga un sentido real el esfuerzo que dedicamos a ello.

Fue esa misma búsqueda de propósito y sentido, de hacerse un nombre duradero y reconocido, la que impulsó a los conquistadores españoles dejaron todo y cruzaron el mar. Asimismo, los deportistas llevan sus cuerpos y sufrimientos al límite; los reyes gastaron sus riquezas y súbditos construyendo grandes monumentos; los científicos se encierran por años en confinamientos mentales; y la gente sigue postulando a cargos políticos.

El impulso del propósito, del nombre duradero, del legado, de sentir hacer algo útil, de ser recordado, es tan fuerte, que se torna un ídolo y puede destruir todo a su paso, llegando a pisotear a todos con tal de alcanzar un nombre que sea duradero en la historia.

Tal vez en tu caso no lo consideras tan extremo, pero esa búsqueda de sentido, de renombre y de legado, te ha llevado a enemistarte con compañeros de trabajo a causa de un puesto.

Pero lo maravilloso del Evangelio es que, en Cristo, toda esa búsqueda ya no cuenta. Ya no es necesaria, porque en Dios halla sentido y propósito nuestra alma.

La gente quiere renombre, pero éste es finalmente del Padre, *“de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra”* (Efesios 3:15). Es decir, es del Padre el dar o no sentido y eternidad a nuestras acciones, o no. Y Su promesa a su pueblo es esta:

Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. (Isaías 66:22)

Ya no tienes que luchar por un nombre que deje legado, por un propósito, o un sentido, pues tu Padre te lo da. ¿Y cómo lo hace? Obrando a través de ti. Porque todo lo que Él hace es eterno; en cambio, nuestras obras son pasajeras. ¿Cómo se soluciona este conflicto? Tú pones tu vida a Su disposición y Él ocupa tu boca, tus manos y tus pies.

Cuando hablas con alguien del Señor, empiezas a decir cosas que ni sabías. Dios está haciendo resonar palabras eternas en tu boca.

Cuando vas caminando por el centro, repentinamente se da la oportunidad de ayudar a alguien con algún problema. No lo tenías planeado, pero tu Padre celestial sí y Él es a través de ti. De hecho, en el segundo libro de la serie, nos detuvimos a analizar seriamente el siguiente versículo:

Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. (Efesios 2:10)

Cuando fijas tu mirada en esta verdad del sentido y el propósito, y de cómo Dios te utiliza para cosas eternas, y llenas tu corazón de esta verdad, ¿cómo actuarás frente al problema que planteé al inicio del capítulo, referente al hermano en la fe que te lanzó tus monedas por la cabeza?

Tal vez al hacerle el bien, tu motivación de fondo no era simplemente glorificar a Dios, sino que había un poco de hacerse un buen nombre y “el tiro salió por la culata”, salió al revés de lo planeado y tal vez eso te tuvo tan mal. Pero si has estado masticando lo maravilloso que es tener un Padre celestial que ideó un camino de buenas obras para ti, obrando a su vez a través de ti, para el cumplimiento de esos propósitos eternos, el rebotar de las monedas lanzadas frente a tu rostro no te va a afectar tanto.

Porque lo que hiciste está bien. Hiciste lo que Dios te pidió.

Te dará pena el hermano que, probablemente por orgullo, no ha aprendido aún a recibir. Pero ya aprenderá, pues tiene al mismo Padre que tú. Asíque lo lamentarás, pero pedirás a tu Padre celestial por esa persona, y lo intentarás con más calma otro día, acompañado de una buena conversación.

¿Por qué pudiste reaccionar tan bien? Porque no estabas fijando tus ojos en el pecado del otro, o en tus propios deseos, sino en las verdades del Evangelio, en la verdad de que *Tenemos un Padre que es a través de todos*.

Piensa en tus últimos enojos y peleas. ¿En qué estabas fijando tu mirada? ¿Por qué terminaste tan frustrado y enojado?

Amados, el pecado del otro, no justifica tu propio pecado.

La mala actitud del otro, no justifica tu mala actitud.

¿Y porque responder bien al mal?, ¿por qué responder con humildad, mansedumbre, amor y paciencia, incluso ante la injusticia? Porque Dios así lo ha hecho con nosotros.

La Biblia nos enseña a interactuar con los demás, no de acuerdo con la actitud de los demás, sino de acuerdo a la actitud que Dios ha tenido con nosotros.

Actúo con otro, no mirando al otro, sino mirando a Dios.

*c) Tenemos un Padre que está **en** todos*

Todos deseamos ser valiosos, pero somos solo polvo de la tierra, ¿o no? Bueno, sí. Pero resulta que la Biblia también nos enseña que todo ser humano es valioso porque refleja y representa a Dios, pues tiene el aliento de vida de Dios y fue creado a imagen de Dios. Si bien está caído y es pecador, aún queda parte de ese reflejo de la divinidad en cada ser humano. Incluso en el siglo XXI se distingue al ser humano de los animales.

Pero en el creyente, esta verdad toma su máximo esplendor, pues estamos en Cristo. Jesús nos perdona todos los pecados, por lo que ahora tenemos pleno acceso al Padre y el Padre está en todos nosotros Sus hijos.

Eres valiosísimo, valiosísima, en este mundo, porque representas a Dios en lo que dices y lo que haces. Dios mora en ti gracias a la obra Jesucristo.

El Padre es uno con el Hijo, el Hijo es uno con nosotros, el Padre está en nosotros por medio del Espíritu. La Iglesia está EN la Santa Trinidad. ¡Qué privilegio! ¡Qué incomprensible bendición!

Eres valiosa.

Eres la luz del mundo. Eres la sal del mundo.

Somos vasos de barro, sí. Pero tenemos un tesoro dentro de estos vasos de barro: a Dios mismo. Somos Su templo, Su cuerpo, Su familia, Su pueblo.

Eres valioso.

Si esto llena tu mente, ¿crees que influirá en tus relaciones interpersonales? Claro que sí.

Cuando alguien te menosprecia, o desprecia, como en el ejemplo que di al inicio referente al sentirse despreciado porque el hermano “raptó” a los padres para su cumpleaños, o tantas otras situaciones donde nos deshonran o nos desacreditan. Si estamos contemplando a Dios y las verdades del Evangelio, todas esas situaciones que nos duelen tanto, al ver el pecado y la injusticia del otro, repentinamente ya no nos duelen tanto.

Porque sabemos quiénes somos.

Sé que soy valioso. Dios está en mí.

Cuando camino, Dios camina a través de mí en este mundo. Soy hijo de Dios.

Y si algo me afecta emocionalmente, como mi mente está en continuo diálogo con el Padre, iré al Padre, lloraré la situación, la dejaré en Sus manos, y diré: *“Padre Santo, Tú también estás en mi hermano en la fe y, por tanto, sé que Tú, que iniciaste la obra, la completarás, así que suelto el control. Gracias porque me amas”*.

Punto.

¿Qué masticas en tu mundo interior?

Amada iglesia, ¿estás enojada, sin paz, sin amor, sin mansedumbre, sin humildad, sin paciencia?

Pregunta: ¿De qué está lleno tu corazón? ¿Pasas enojada y discutiendo con otros en tu mente? ¿Pasas amargada por las injusticias que vives?

Ojo con lo que piensas, con aquello con que llenas la mente.

Si reflexionas continuamente en las cosas de arriba, darás un fruto apacible. Si reflexionas continuamente solo en las cosas de abajo (las situaciones, las películas, los juegos, la música, las

redes, el trabajo, el fútbol...) en el momento de la crisis, darás un fruto de la carne.

Ojo con tus pensamientos y tus emociones. Los pensamientos, llénalos con la verdad. Las emociones descárgalas con tu Padre Celestial.

¿Cuándo fue la última vez que lloraste tus penas y rabias con Dios Padre? ¿No será que tu mente está agobiada porque no has acudido al Padre de toda consolación?, ¿no será que estás emocionalmente rebalsado y mentalmente fijado en las cosas de la tierra?

Debes llenar tu corazón con la verdad, con lo que Dios ha hecho por ti. No actuamos y respondemos a la gente por lo que ellos dicen y hacen, sino que por lo que Dios ha dicho y hecho hacia nosotros.

Perdono al prójimo, no porque el prójimo me pidió perdón, sino porque Dios me perdonó a mí.

Sirvo al prójimo, no porque el prójimo es extremadamente agradecido, sino porque Dios bajó y me sirvió.

Amo al prójimo, no porque el prójimo es absolutamente amable, sino porque Dios me ama eternamente.

Actuamos con el otro, según cómo Dios actúa con nosotros.

Por eso actuamos...

*Con toda humildad y mansedumbre,
soportándoos con paciencia los unos a
los otros en amor, solícitos en guardar la
unidad del Espíritu en el vínculo de la paz;
[¿Por qué? Porque somos:] un cuerpo, y un
Espíritu, como fuisteis también llamados en
una misma esperanza de vuestra vocación;
un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y*

Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. (Efesios 4:2-6)

Si lleno mi mente de estas verdades del Evangelio resumidas acá por Pablo en tres versículos, y las mastico continuamente, responderé a las situaciones con el carácter de Cristo.

Si reflexiono como el Espíritu Santo me dio el privilegio de tener un corazón de carne y, por tanto, de ser parte del Cuerpo de Cristo, entonces seré solícito y proactivo en guardar esa unidad especial con mis hermanos, quienes son células del mismo cuerpo que yo. Pero esto no va a suceder si reflexiono todo el día solo en lo que la radio y las noticias me dicen.

Si mastico continuamente en mi mente la esperanza celestial eterna a la cual me ha llamado Dios, actuaré automáticamente con paciencia, esperando con gozo la redención final. Pero esto no a pasar si pienso todo el día en un esférico.

Si fijo mi mente en nuestro Señor y Rey Jesús, hablando con Él y creyendo en Él, seré manso, no chúcaro, porque sé que estoy bajo el Rey. Pero esto no va a acontecer si medito todo el día en las cuentas, la plata, las deudas y la economía.

Si pienso continuamente en el bautismo que viví, mi muerte a la antigua vida y la nueva vida que tengo en Jesús, actuaré con humildad hacia los hermanos, porque sé que todo lo bueno que tengo, lo tengo por gracia de Dios. Pero esto no va a ocurrir si fijo mis pensamientos en el jefe malhechor y los compañeros zalameros de mi trabajo.

Si mastico durante todo el día la verdad de que tengo un Padre celestial que me conoce y me ve, que está sobre mí, que me guía, me usa con propósito, que es a través de mí y está en mí, voy a responder con amor al prójimo, porque sé que soy amado y cuidado. Pero esto no va a acaecer si mi mente está pensando solamente en series y películas.

Amada Iglesia, el conocimiento del Ser, moldeará el hacer. La mirada fija en el Ser de Dios, producirá el fruto apacible de los vínculos de paz.

Mastica las cosas de arriba, las verdades celestiales, durante todo el día, y entonces vivirás en esta tierra como si ya estuvieses en el cielo.

Tendremos que dedicarnos a profundizar en esto los siguientes capítulos.

PENSAMIENTOS Y SANTIDAD

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por Él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. (Efesios 4:17-21)

El problema

El mundo no anda bien.

Aumentan los delitos de robo, violencia, asesinatos, abuso y violación. ¿De dónde surge toda esa maldad?, ¿del diablo? En parte, pero eso no lo explica todo. ¿Del mundo? En parte, pero eso no explica todo. En verdad, las Escrituras suelen respon-

sabilizar principalmente al pecado que reside en cada corazón humano.

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente. (Efesios 4:17)

¿Cómo anda la sociedad que nos rodea? Anda de acuerdo con lo que hay en sus mentes; en vanidad, en vacuidad. Y, como resultado de esto, tenemos una sociedad fugaz y depravada.

Andamos, vivimos, caminamos, de acuerdo con lo que tenemos en la mente; según donde fijamos los pensamientos; según lo que abunda en el corazón.

Si en mi corazón abunda el pensamiento de miedo, no voy a salir mucho a la calle. Si en mi mente abundan pensamientos de rencor y contienda, responderé violentamente a las personas. Si en mi corazón abunda la lujuria, buscaré llevar a cabo, con mi cuerpo, lo que he fantaseado en mi mente. Si me fascina ver todo el día series y películas de narcotraficantes y maleantes (a las que les suele ir estupendamente bien en la pantalla), no me resultará muy difícil desear ser narcotraficante para ganar dinero fácil. Uno anda en aquello que piensa.

¿El problema es el diablo y el mundo? En parte sí, pero eso no lo explica todo. En realidad, el problema central es el corazón humano que tiende al mal:

Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni Él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido,

da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. (Santiago 1:13-15)

La concupiscencia son los malos deseos de la carne. Si seguimos el planteamiento de Santiago, el orden de la cadena de pecado es:

Primero, aparece un deseo en mi corazón, en mi mundo interior.

Segundo, soy atraído y seducido por ese deseo en mi mente, y si me amoldo a él, el pecado es concebido en mi interior. Ojo aquí: la tentación no es pecado. Jesús fue tentado en todo y no pecó. Más bien, pecamos cuando tomamos la tentación y la empezamos a masticar en nuestra mente. Como dice la cita tan recordada de Martín Lutero: *No podemos evitar que los pájaros sobrevuelen nuestra cabeza, pero sí que se posen y hagan nidos sobre ella.*

Tercero, una vez que me amoldo a ese deseo y el pecado ya ha sido concebido en mi mente, restará poco para que dé a luz el pecado de manera exterior, con mi comportamiento. Lo que estaba en el corazón, ahora sale a relucir a través de mi boca, mis palabras, mi cuerpo, o mis acciones.

Cuarto, una vez habiendo ya pecado con mi cuerpo, viene la destrucción, el sufrimiento y la muerte. Habrá daño invariablemente.

Esta cadena de sucesos explica todo tipo de pecados. Por ejemplo, en el caso de una esposa que siente que su marido no le da el amor y el afecto que ella necesita: Primero aparece el deseo legítimo de ser querida y amada; segundo, si no está vigilante a ese deseo, será seducida por esa pasión y muy luego se puede tornar el centro de sus pensamientos y emociones, comenzando a gobernar su corazón; tercero, si no recurre a los pies de Cristo para que Él la rescate de sus deseos y supla sus necesidades, ella

comenzará a masticar y amoldarse a ese deseo. El pecado del adulterio ha sido concebido en su corazón. Aún no ha adulterado físicamente, pero sí en su corazón. Cuarto, en este punto ya resta poco para que, ante el galanteo de un amable compañero de trabajo, ella ceda y dé pie a la destrucción, el dolor, el sufrimiento y la muerte.

Por tanto, ¿a qué debemos estar vigilantes? A nuestro propio corazón, que es una fuente inagotable de deseos desordenados.

El milagro de la luz

Por tanto, amado pueblo gentil redimido por Cristo:

Ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón.
(Efesios 4:17-18)

La mente humana está entenebrecida, llena de maldad.

En la Escritura, las tinieblas son ausencia de Dios. Dios es luz, por tanto, las tinieblas son la ausencia de santidad y de pureza. En cambio, las tinieblas son presencia de pecado y de maldad.

¿Por qué el incrédulo está lleno de pensamientos vanos? Porque tiene la mente entenebrecida, en tinieblas. ¿Qué significa eso? El pasaje dice que ellos están ajenos de la vida abundante y preciosa de Dios. No tienen a Dios, ignoran la verdad. ¿Y por qué ignoran a Dios y a la verdad? El versículo dice que por la dureza de sus corazones de piedra, por sus corazones pecaminosos.

Es decir, el texto establece una cadena de causalidad a la inversa: Primero, es la dureza de corazón, luego la ignorancia de Dios, luego se piensa y se anda en cosas vanas. El problema

raíz está en la dureza del corazón humano, que ignora de Dios porque es rebelde a Dios. No quiere saber nada con el Creador, con Jesucristo, así que está ajeno a las cosas de Dios, es ignorante y, como tal, sus deseos y mente divagan en cosas carnales.

Entonces, la pregunta que surge es: ¿y cómo podría un inconverso entonces ablandar su corazón y ver la luz de Dios? Pablo lo explica en otras cartas de la siguiente manera:

Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.
(1ªCorintios 2:14)

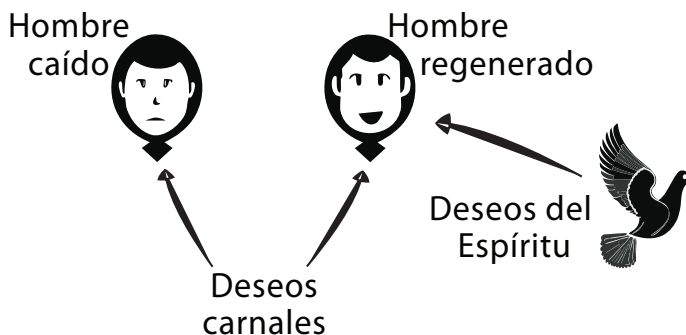
Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden.
(Romanos 8:7)

El inconverso no puede ver y sujetarse a Cristo como Señor y Salvador. Ahora bien, el hecho de que no pueda, le da lo mismo, no le afecta emocionalmente, porque tampoco quiere hacerlo. No puede, ni quiere, dice Romanos 8:7. ¿Significa eso que no hay esperanza? ¡Gloria al Señor todopoderoso, que es un Dios amoroso y bondadoso! Él fue capaz de crear la luz en el primer día de la Creación, y sigue haciendo a diario el mismo milagro que aquel primer día del mundo, pero ahora ¡en los corazones de miles de personas!

Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. (2ªCorintios 4:6)

El Espíritu Santo regenera corazones, transformando el corazón de piedra en uno de carne; quitando la rebeldía, corriendo el velo, por pura misericordia, para que podamos ver el rostro de Jesús y darnos cuenta de que en ese rostro brilla la gloria de Dios.

Jesús es Dios. Tú ahora puedes mirar hacia arriba, puedes verlo, creerlo y gozarte. Tú ahora tienes también los deseos Espirituales, los deseos del Espíritu de Dios, que desea santidad para la gloria de Cristo.



El hombre, sin Cristo, solo puede optar entre pecar más o menos, dependiendo de si sigue más o menos los deseos de la carne. De hecho, sobre la base de esta verdad, se llevará a cabo con justicia el juicio final (Ap.20:12), pues aquél será un juicio por obras, y no por mera naturaleza caída.

Pero tú ahora puedes optar entre los deseos de la carne y los del Espíritu. O, como dice Gálatas 5, puedes optar entre andar en la carne o en el Espíritu. Eres verdaderamente libre en Cristo.

El inconverso solo tiene deseos de la carne, no tiene deseos celestiales. Solo puede llevar a cabo, en mayor o menor medida, sus deseos carnales, o reemplazarlos por otros deseos igual de carnales. Pero tú no solo tienes tu carne caída, sino que (¡gloria a Dios!) también tienes al Espíritu de Dios en ti. Eso significa que no solo tienes deseos de la carne que surgen en tu mente, sino que también los deseos del Espíritu que vienen a tus pensamientos, y así puedes batallar y contradecir los de la carne.

La decisión

Ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón.
(Efesios 4:17-18)

¿En qué piensa el mundo hoy en día?, ¿en qué fija su mirada? No es muy difícil darse cuenta de en qué fija su mirada el mundo, nuestros excompañeros de colegio, o de universidad, nuestros compañeros de trabajo y familiares: En las comodidades, en el dinero, en el fútbol, en las películas, en las series, en las redes sociales, en los cantantes del momento, en los artistas, en la política, en los fraudes y engaños, en la belleza física, en la lujuria.

La pregunta es: ¿qué tanto estamos también nosotros absorbidos y arrastrados por ese río del mundo que lleva a muerte?

La mente humana está llena de basura, le gusta llenarse con la basura del mundo. Cosas vanas, entretenciones inútiles, placeres fugaces, y una vez entregados a sus pensamientos vanos y de placeres fugaces...

*...después que perdieron toda sensibilidad,
se entregaron a la lascivia para cometer
con avidez toda clase de impureza. Mas
vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si
en verdad le habéis oído, y habéis sido por
él enseñados, conforme a la verdad que está
en Jesús. (Efesios 4:19-21)*

Tal vez es tanta la presión en tu medio que te sientes solo batallando en una lucha imposible. Sientes que no das más. Sientes que quieres simplemente dejarte llevar y arrastrar por la potente corriente del mundo. Tienes ganas de dejar de retener los deseos de tu carne y lanzarte, “salir del closet” en el pecado que sea, y dejar de luchar.

Pero resulta que tú ya no eres del mundo.

Ellos ignoran la verdad, pero tú no. Ellos no han visto a Jesús, pero tú sí.

A ti el Espíritu te corrió el velo, lo ves, crees en Él. Ellos están entenebrecidos, pero tú no.

Tú tienes la luz.

Ellos han perdido la sensibilidad, y por eso se han entregado al adulterio y la fornicación. Pero tú no estás insensible. Tú tienes al Espíritu Santo y, por tanto, cada vez que pecas, te duele tremendamente. Es mayor el dolor que el placer que experimentas al pecar. Entonces, ¿para qué sigues en la tortura del pecado?

¿Por qué andas como si tuvieras una mente vana, cuando ya tienes la mente de Cristo? ¡Persevera en Cristo! ¡Ya no andes como los demás! ¡Tú ya has sido regenerado, salvado, justificado y santificado! Tú ya conoces a Jesús.

¿Por qué te alejas de Dios, si eres de la luz?, ¿por qué no te alejas mejor de las tinieblas? ¿Acaso has hallado algo malo en Dios, en la luz?

*Así dijo Jehová: ¿Qué maldad hallaron en
mí vuestros padres, que se alejaron de Mí,
y se fueron tras la vanidad y se hicieron
vanos? (Jeremías 2:5)*

Este versículo dice que el que va tras la vanidad, que llena su mente y vida con cosas vanas, se hará vano, superficial, inútil, fugaz. Es decir, te conviertes en aquello en lo cual fijas tu mirada. Si es la vanidad, te vuelves vano.

Nos convertimos en aquello que contemplamos.

Cuán gloriosa es, por tanto, la promesa para el creyente, a quien Juan le dice:

*Sabemos que cuando Él se manifieste,
seremos semejantes a Él, porque le veremos
tal como Él es. (1ª Juan 3:2)*

Algún día, cuando veas a Jesús cara a cara, camines y converses con Él, le veas actuar y reinar, podrás imitarle verdaderamente, por el poder del Espíritu, y ser como Él. Te vuelves en aquello que contemplas.

Hoy día aún no miramos cara a cara a Jesús, pero ya puedes contemplarle parcialmente.

Tienes Su Palabra, para conocerle más. Tienes la oración, para poder conversar con Él.

Tienes a Su Cuerpo, para poder amarlo. Tienes la alabanza, para poder alegrarte en Él.

Tal vez has argumentado en tu mente que es imposible que salgas de tu pecado, por lo que estás tentado a zambullirte en el mal y a alejarte de una vez de Dios. Esto es una mentira, un engaño del diablo, porque Dios ya te otorgó todo lo necesario para vivir una vida piadosa como Él manda.

Él te ha dado un corazón nuevo, te ha quitado el velo, te ha justificado, te ha perdonado. Más aún, ¡te ha dado a Dios! Te ha dado a Su Hijo como Salvador y te ha dado a Su Espíritu como poder santificador. Te dio Su mente y Sus deseos. Ahora puedes vencer al pecado siguiendo los deseos del Espíritu.

Dios te ha dado todo para vencer: ¡Dios te ha dado a Dios!

Por tanto, el tema es ¿qué estás contemplando en tu mente? ¿Qué estás pensando? ¿A qué dedicas la mente, como para que andes como anda la gente del mundo?, ¿no será que has dado cabida a mucho mundo y mucha carne en tus pensamientos?, ¿no será que no has sujetado tus deseos carnales? Andas en los caminos del mundo, porque piensas en las mismas cosas vanas del mundo.

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.
(1ª Pedro 1:13-16)

Fijense en cómo Pedro escribe lo mismo que Pablo: No anden en la vanidad de la mente. No se conformen a los deseos que antes tenían cuando estaban en ignorancia. Es decir, ¡regula tu mente! Toma nota de lo que estás pensando y frena los pensamientos de la carne.

Si dejas que tus pensamientos vuelen libres por quince minutos, ¿a dónde crees que se dirigirá tu mente?, ¿a pensar cosas celestiales o a pensar en pecado, en peleas, en ansiedades, en

inmoralidad, en muerte? Ésta es una pregunta retórica, pues la respuesta la vivimos a diario.

“Ceñir los lomos del entendimiento” es ponerles un cinturón a los pensamientos. Pon atención a lo que piensas, porque te volverás aquello que contemplas: en semejanza a Cristo (el todo), o en semejanza a la vanidad (en nada).

Todo lo que gobierne nuestros corazones y nuestros pensamientos, ejercerá una influencia ineludible sobre nuestras vidas y comportamiento.

Dicho de otra manera: nuestra batalla espiritual es una guerra por el corazón.

Busca la santidad no solo en tus acciones, sino primeramente en tus pensamientos, en tu mundo interior, porque así aprendiste de Cristo.

¿En qué piensas todo el día?, ¿en la persona de la cual te estás enamorando, pero que resulta ser inconversa o estar casada, o en las Bodas del Cordero, en donde te casarás eternamente con Jesús el Rey eterno?

¿En qué fijas a diario tu mente?, ¿en el dinero extra que necesitas y en cuán fácil podrías ganar más con pequeños engaños, o en las recompensas eternas que tendrás en la Nueva Jerusalén?

No te conformes a los deseos que tenías antes de conocer a Jesús, porque ahí estabas en ignorancia, pero ahora ya no lo estás. No andes como los demás, que andan en la vanidad de sus mentes.

¿En qué piensas todo el día? ¿Fantaseas con mentiras?, ¿pasas discutiendo (y ganando aquellas discusiones) en tu mente?

¿Sobrealimentas tus pensamientos únicamente con radio, noticias, violencia, e inmoralidad, o escuchas alabanzas, prédicas y reflexionas de la Palabra?

¿En qué fijas los ojos de tu entendimiento?, ¿en que no podrás vencer jamás el pecado y deberías apartarte de Dios, o en el amor del Buen Pastor que no pierde ninguna oveja?

¿Cómo pretendes pensar en las cosas de arriba si solo miras las de abajo?

Así como el que te llamó es Santo, sé santo no solo en tu mundo exterior, sino también en tu mundo interior, en tu corazón.

¿En qué piensas? ¡Piensa Palabra! ¡Piensa Palabra de Dios!

La Palabra de Dios es Verdad y Vida.

Piensa Palabra.

UNA NUEVA LÓGICA

*En cuanto a la pasada manera de vivir,
despojaos del viejo hombre, que está viciado
conforme a los deseos engañosos, y renovaos
en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del
nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y
santidad de la verdad.
(Efesios 4:22-24)*

La lucha

Como vimos el capítulo anterior, previo a la conversión, ocurre el milagro de la regeneración del duro “corazón de piedra”, en uno “de carne”.

*Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu
nuevo dentro de vosotros; y quitaré de
vuestra carne el corazón de piedra, y os
daré un corazón de carne. Y pondré dentro
de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis
en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y
los pongáis por obra. (Ezequiel 36:26-27)*

Ese cambio de corazón es instantáneo, un milagro de Dios, como dice Efesios 2, es un llamado de muerte a vida. Pero aún

queda en nuestros cerebros todo lo aprendido y vivido en nuestra vieja vida; aún queda el viejo hombre.

Ya no hay dureza de corazón, pero aún hay ignorancia de Dios. Aún permanecen muchas falsas certezas y pensamientos errados. El proceso del creyente consiste en ir apartándonos del pecado, en ir santificándonos y renovando nuestra manera de pensar.

Pablo menciona este proceso interno, de dejar la antigua vida y empezar a vivir nuestra nueva vida eterna, como un proceso de vestirse y desvestirse.

*En cuanto a la pasada manera de vivir,
despojaos del viejo hombre, que está
viciado conforme a los deseos engañosos,
y renovaos en el espíritu de vuestra mente,
y vestíos del nuevo hombre, creado según
Dios en la justicia y santidad de la verdad.
(Efesios 4:22-24)*

¿Por qué el dejar el pecado ahora resulta tan posible para el creyente como cambiarse de ropa? Porque ya tenemos un corazón nuevo, renovado. ¡Ya tenemos al Espíritu Santo! Ya somos nuevas criaturas. Ya ocurrió un cambio esencial.

Tú sí puedes vivir una vida en santidad. No es imposible. Sí puedes, porque Dios ya cambió tu corazón y te dio Su Santo Espíritu y Su Palabra.

Ahora bien, la metáfora de la ropa es una metáfora externa y sencilla. En general, no nos resulta complejo cambiarnos de ropa. No obstante, muchas veces nos resulta muy trabajoso dejar algún pecado. Si en Cristo ya podemos vencer el pecado, ¿por qué no nos resulta fácil hacerlo? ¿Cómo es ese proceso de “desvestirse” y “vestirse” en lo concreto?, ¿a qué se refiere?

*En cuanto a la pasada manera de vivir,
despojaos del viejo hombre, que está
viciado conforme a los deseos engañosos,
y renovaos en el espíritu de vuestra mente,
y vestíos del nuevo hombre, creado según
Dios en la justicia y santidad de la verdad.
(Efesios 4:22-24)*

Noten cómo el texto habla de “deseos engañosos” y de la necesidad de renovar el espíritu de la “mente”. Esto quiere decir que el proceso de santificación del creyente es de adentro hacia afuera. No es un mero cambio conductual, sino un cambio de prioridades, de lógicas, de primer amor interno. La pasada manera de vivir está impulsada por los deseos engañosos de la carne, por lo que se requiere una renovación de la mente, de la manera de entender y vivir la vida.

En el capítulo anterior vimos como la Biblia nos plantea que el inconverso solo tiene deseos de la carne; el hijo de Dios, en cambio, tiene dos tipos de deseos batallando en él: los de la carne y los del Espíritu. Tenemos ya un corazón nuevo, y los deseos del Espíritu, pero nuestra carne caída también lanza continuamente deseos a nuestra mente: *Tengo ganas de comer pan, tengo ganas de echarme a descansar, tengo ganas de recibir un abrazo, tengo ganas, tengo ganas, tengo ganas....* Mucho de esos deseos pueden ser inicialmente neutrales, pero resulta que toman tanta fuerza, que muy luego pasan a ser más importantes para nosotros que obedecer a Dios y amar al prójimo.

Por ejemplo, mientras trabajas sientes ganas de ir a comprarte un café o algo dulce a la esquina. Solo tienes unas monedas que alcanzarían justo para ello. Sigues trabajando y las ganas van aumentando tanto, que ya no es un simple deseo, sino que sientes que es una necesidad. Los pensamientos que al inicio eran algo así como: “sería rico tomar un café”, ahora se tornan en un “necesito tomar un café, necesito despertar más, trabajaré mejor

si tomo el café, lo necesita ahora”. En consecuencia, finalmente te levantas y lo vas a comprar.

¿Algún problema con eso? Pareciera que no. Pero ¿qué tal si en ese ciclo de surgir un pequeño deseo, masticarlo, verlo luego como necesidad e ir a ejecutarlo, también apareció un deseo del Espíritu?, ¿le haríamos caso?

¿Qué tal si en el mismo rato de trabajo, no solo te vino el deseo del café, sino que justo avisaron de una colecta para el hijo enfermo de alguien y sentiste en tu corazón que era necesario ayudar? “Tengo que ayudar. Tengo solo unas pocas monedas. Deseo un café. Tengo que ayudar. Necesito un café. Necesito un café... Puedo ayudar otro día.” Vas por el café. El deseo de la carne fue mayor que el del Espíritu.

Esta lucha entre deseos de la carne y del Espíritu es evidente en las compras impulsivas, más aún cuando están a solo un “clic” de distancia por internet. En mi caso, me pasa que por esta época de mi vida tengo el fuerte deseo de comprarme cierto equipamiento específico para escalada en roca, pero por respeto a la economía familiar debo ser austero. No obstante, el deseo está ahí y es todo un desafío no llevarlo a cabo. Hay días en que el pensamiento evoluciona a “realmente me hace bien, así que es una necesidad”.

El deseo empeora si empiezo a mirar por internet los artículos de escalada. Peor aún si justo veo un anuncio de grandes descuentos “solo por hoy”. Toda mi carne me insiste en que, si no lo compro ahora, nunca lo podré hacer. Por otro lado, sé que cuando viene un deseo intenso de compra, la sabiduría dice “espera al menos un par de días”. Lo hago, espero, pero los deseos de la carne son intensos y si, además los alimento con lo que miro, cuando no los llevo a cabo, me empiezan a afectar las emociones. Las compras impulsivas son un tema complejo en este mundo manipulador del consumo.

Pero, en última instancia, no debemos culpar únicamente al marketing maligno que apunta a nuestros deseos de la carne, sino a la falta de autocontrol que ejercemos sobre esos deseos. No filtramos lo que vemos; al revés, fijamos la mirada en aquello que deseamos, y terminamos sucumbiendo.

El Espíritu Santo nos enseña, a través de la Palabra de Dios, a sopesar nuestros deseos y anhelos, y filtrarlos.

*En cuanto a la pasada manera de vivir,
despojaos del viejo hombre, que está
viciado conforme a los deseos engañosos,
y renovaos en el espíritu de vuestra mente,
y vestíos del nuevo hombre, creado según
Dios en la justicia y santidad de la verdad.
(Efesios 4:22-24)*

El deseo de la carne es engañoso. Engañoso, porque promete, pero no sacia.

Al final, hacemos la compra online impulsiva, y típicamente el producto resulta no ser precisamente lo que esperábamos.

Tomamos el café. Fue rico, pero el gozo pasó rápido. Lo que queda es nuestra sensación de culpa, porque sabemos interiormente que Dios quería que con esas monedas ayudáramos en la colecta.

El deseo carnal siempre promete más de lo que entrega.

Deseas estar emparejada a toda costa, pero después resulta que la pareja no satisface todo tu corazón y estás llena de problemas.

Deseas intensamente sacar un título, y resulta que después de años de estudio esforzado, durante los cuales dejaste a la iglesia y la familia de lado, finalmente lo obtienes. Pero no suena el coro angelical que pensabas escuchar en la graduación, los problemas de la vida siguen ahí y tu corazón sigue estando insatisfecho.

Has deseado con ansias el aumento de sueldo. Lo obtienes, pero resulta que ahora el dinero se te va más rápido entre las manos que antes.

Tal vez el ejemplo más concreto de lo engañoso que son los deseos de este mundo es el algodón de azúcar. Tienes hambre. El algodón de azúcar se ve espectacularmente grande, oloroso y llamativo. Lo compras. Te metes un gran trozo en la boca y ¡desaparece! Así no más, como por arte de magia, desaparece. Es nada. Te llenas la boca e intentas masticar y ¡nada! Terminas todo el algodón y quedaste igual de hambriento y, peor aún, todo pegoteado. Quedaste peor.

Así es el pecado: Engañoso.

Viene la tentación, te promete. La fornicación promete gran placer, pero resulta que al “comer” fornicación, resultó mayor el dolor que el placer. Algodón de azúcar. Quedaste con más hambre y pegoteado. Peor que antes.

El problema no son los deseos; el problema es que les atribuímos alcances mesiánicos.

Pensamos que, al cumplirlos, se saciará y solucionará nuestra vida. Les damos tanta importancia, que nos resultan más importantes que los deseos del Espíritu.

¿Tener un tiempo de devocional familiar o ver una película juntos? Ver una película juntos. Y después, resulta que termina la película, cada uno se va a su pieza y quedas con sensación de vacío, con sensación a nada. ¿Orar y leer la palabra, o echarse a dormir? Echarse a dormir. Y luego despiertas y la vida sigue igual.

¿Me siguen? El día se compone de decenas de estas micro-decisiones ¿Has optado por la carne o por el Espíritu? Si quieres saber la respuesta, analiza tu sensación estomacal: ¿te sientes con hambre, soledad, ansiedad, con un vacío?, ¿no será que tal vez

estás con una dieta de mucho “algodón de azúcar”, diciéndole continuamente que sí a la carne, y que no al Espíritu?

Te sientes mal, sabes que no andas bien, pero no tienes plena certeza del porqué. Sientes tu vida espiritual estancada, estás en un desierto, hace tiempo que no vibras con las cosas de Dios. ¿Qué está pasando?

A veces el problema no es un pecado grandote de comisión, sino cientos de pecados “pequeños” de omisión.

Cientos de veces que le dijimos que no a los deseos del Espíritu. Y...

al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado. (Santiago. 4:17)

¿Cuál es tu estado espiritual hoy en día? ¿Estás con síntomas de dieta de algodón de azúcar, dejándote dirigir por lo que tu cuerpo y carne desean, y tomando poco en cuenta lo que quiere el Espíritu Santo de ti?

*En cuanto a la pasada manera de vivir,
despojaos del viejo hombre, que está
viciado conforme a los deseos engañosos,
y renovaos en el espíritu de vuestra mente,
y vestíos del nuevo hombre, creado según
Dios en la justicia y santidad de la verdad.
(Efesios 4:22-24)*

Tu eres un hijo de Dios, conoces a Jesús y tienes al Espíritu Santo, así que puedes efectivamente vivir hoy ya como un nuevo hombre, un hombre celestial, creado en justicia y santidad de la verdad. Pero implicará una acción de despojarse, de desechar ciertos pensamientos, para vestirse y arroparse con otros.

Es cambiar la paleta de pensamientos y renovar el closet del entendimiento. Ya no llenar la mente con los pensamientos del

mundo, con lo que piensan los demás ciudadanos, sino con lo que piensa el Espíritu Santo. Llenar la mente con Biblia, con alabanzas, con amor a Dios y al prójimo.

Esta acción continua de santificación, de apartarse del mal, no es un mero decirle que NO a la carne, sino primariamente decirle que SÍ al Espíritu.

Profundicemos un poco más en esto.

Por ejemplo: la mentira

Tal vez eres nuevo en las cosas del Señor y tienes serias dudas respecto de cuáles son estos deseos del Espíritu que Dios pone en ti y cómo vas a poder diferenciarlos de los deseos de la carne. Tranquilo, pues para eso está la Palabra de Dios y el testimonio del Espíritu Santo en nosotros.

Como ya mencioné antes, la segunda mitad de la epístola a los Efesios contiene cuarenta mandamientos. Cuarenta ejemplos concretos de lo que es de la carne y que debemos dejar, y lo que es del Espíritu y que debemos tomar. Es decir, la carta no dirá solamente “no, no y no a esto”, sino que siempre añadirá “sí, sí y sí a esto otro”.

Vamos a lo concreto, como continúa el texto, para entender esta dinámica:

*Por lo cual, desechando la mentira, hablad
verdad cada uno con su prójimo; porque
somos miembros los unos de los otros.
(Efesios 4:25)*

No dice solo un “no a esto”, sino que siempre añade un “sí a esto otro”, explicando la lógica del Espíritu, la lógica celestial. Pues la vida del creyente se va santificando, apartando del pecado, en la medida en que se van renovando sus pensamien-

tos, al estar atento para desechar los pensamientos carnales que antes tenía, y aceptar y masticar los pensamientos nuevos del Espíritu de Dios.

En este ejemplo concreto del versículo 25, la problemática es la siguiente: ¿Tienes problemas con la mentira?

¿Eres creyente, pero te das cuenta de que las mentiras salen disparadas muy rápidamente de tu boca, en tu casa, en el discipulado, en el trabajo, en la iglesia, en cualquier lado? En general, ¿le bajas el perfil a la mentira y cuando te percatas de ella dices “exageré un poco” o “me olvidé” o algo por el estilo? ¿Intentas refrenar la boca, pero la mentira la tienes a flor de piel y no sabes qué hacer al respecto?

Primero, debes entender que la boca habla de lo que abunda en el corazón (Lc.6:45), por lo que la pregunta que debemos hacernos es: ¿qué es lo que abunda en mi corazón que miento tan seguido?

En general, uno miente cuando tiene al Yo como centro. Por ejemplo, uno de los grandes impulsores de la mentira es el deseo engañoso del corazón de ser bien vistos, para que piensen bien de mí, el deseo del ego, de ser la estrella, de ser superior a los demás. Ese deseo engañoso es tan intenso, que generalmente se torna idolátrico, lo que significa que estoy dispuesto a mantener mi imagen a precio de cualquier costo, a precio de pecado, es decir, mintiendo, ocultando, siendo hipócritas, inventando.

Otro motivo para mentir puede ser el miedo. Quiero evitar malos ratos, soy flojo o cobarde, y la mentira ofrece una solución instantánea, un atajo rápido.

Otro motivo puede ser el control, el querer obtener algo, que uno sabe que, si dice la verdad, no se logrará, y, por lo tanto, miente. Mentimos para tener el control del desenlace o de las situaciones.

En resumen, puede haber muchos motivos subyacentes al por qué mentimos, pero casi todos los motivos giran en torno a la centralidad del Yo.

Recordemos que el creyente ya tiene un nuevo corazón con nuevos deseos, pero aún debe renovar su manera de pensar. Recordemos que un corazón duro ignora a Dios y, por tanto, piensa y anda en cosas vanas. Pero el creyente ya tiene un corazón blando y puede no ignorar a Dios, y puede, por tanto, pensar y andar en cosas celestiales.

Muchos creyentes, teniendo un corazón renovado por el Espíritu Santo, han descuidado sus pensamientos, dejando que primen sus deseos engañosos de la carne, por lo que viven aparentando lo que no son. En el trabajo aparentan superioridad y en la iglesia aparentan santidad, lo cual, en su vida privada y personal, en realidad no tienen.

Son creyentes, tienen un corazón nuevo, pero son carnales como los corintios, pues no han desechado el deseo engañoso del corazón de que los demás piensen bien de ellos, y tienen tal objetivo como primer amor. ¿Te pasa?

Ahora bien, es central entender que el versículo no dice simplemente “no mientan”, sino que enseña también el Sí y la lógica de ese sí. No solo digas NO a la carne, a la mentira, sino di principalmente que SÍ al Espíritu, diciendo la verdad: habla verdad, procura siempre decir la verdad. ¿Por qué?, ¿cuál es la lógica de fondo del Espíritu?, ¿cuál es el deseo del Espíritu?

*Por lo cual, desechando la mentira, hablad
verdad cada uno con su prójimo; porque
somos miembros los unos de los otros.
(Efesios 4:25)*

Porque eres parte del Cuerpo de Cristo. No estás solo. La historia no trata solo de ti. No eres el centro del universo.

La lógica de la mentira es el Yo-Yo. Yo deseo resaltar, ser bien visto, para así evitar menosprecios y lograr mis objetivos. Yo-Yo. Pero es un deseo engañoso, una lógica engañosa, porque la verdad siempre sale a luz, y el pecado siempre trae daño y destrucción.

El creyente no solo debe luchar activamente contra esos pensamientos que antes nos dominaban, sino que también debe pensar activamente en los demás, en la iglesia, en sus hermanos en la fe y en como edificarlos a ellos.

Debemos salir del centro. No somos el centro.

Cristo es el Centro. Nosotros somos un cuerpo, yo soy una célula de ese cuerpo, y estoy acá para edificar a los demás.

¿Cómo edifico a los demás? Con la verdad. ¿De qué manera la verdad edifica a mis hermanos? De muchas maneras.

Si digo la verdad, soy confiable, y eso va a animar a mis hermanos.

Si digo la verdad, voy a ser transparente con mis propias fallas y luchas, y eso va a animar a los hermanos.

Si digo la verdad, voy a confrontar con amor a otros cuando pecan, y eso va a edificar al hermano.

Si digo la verdad, la Palabra de Dios, la Biblia, que es la verdad, va a abundar en mi boca.

Debemos fijar los ojos en lo verdadero, en la edificación de la Iglesia, en entender que soy parte de un cuerpo, en reflexionar en que edifico a los demás cuando hablo la verdad en amor. Si mi mente está en esos pensamientos, no solo no voy a mentir, sino que, aún más, voy a hablar verdad.

En cambio, si mi foco está únicamente en el NO, en el no mentir, pero sigo pensando en mí mismo, teniéndome como centro, entonces podría ser que mi solución a no mentir sea

reemplazar la mentira por otro pecado, como ocultar, callar, no decir nada, etc. En este caso, no estoy mintiendo, pero tampoco estoy siguiendo la lógica del Evangelio.

La lógica del Espíritu es edificar al otro. Yo no soy el centro. Si el otro piensa bien o mal de mí, no es mi tema. Mi tema debe ser glorificar a Cristo y edificar a Su iglesia.

La vida del creyente no consiste primariamente en no mentir, o en solo decirle que No a la carne. La vida del creyente consiste principalmente en decirle que Sí al Espíritu, en pensar las cosas de arriba y entender que yo no soy el centro. Desde la abundancia de ese corazón, surgirá continuamente el bien.

¿Estamos comprendiendo en qué consiste el desvestirnos y despojarnos del viejo hombre, y vestirnos del nuevo? Tiene que ver con nuestras lógicas, con nuestros pensamientos, con renovar el espíritu de nuestra mente. Desechar los deseos del Yo, y asumir los deseos del Espíritu en pos de glorificar a Jesús y edificar la Iglesia.

Dediquemos un par de capítulos a profundizar en esto con más ejemplos concretos.

CRISIS DE IRA

*Airaos, pero no pequéis; no se ponga
el sol sobre vuestro enojo, ni deis
lugar al diablo. (Efesios 4:26-27)*

Solemos citar este versículo. Lo conocemos. Pero si llevas un tiempo ya caminando con el Señor, te habrás dado cuenta de que la cuestión no es tan sencilla como simplemente decir: “*no voy a tener más arrebatos de ira*”. En otras palabras, fijar mi mirada solamente en el “*no, no debo hacer esto*”, no es suficiente.

Se necesita un cambio más profundo.

Como sabemos, Dios ya hizo el milagro profundo de transformación de corazón. Él ya puso Su Santo Espíritu en nosotros, que nos quitó el velo. Pero lo que no es instantáneo, es la renovación del pensamiento, el dejar atrás lógicas pasada, el aprender a pensar en las cosas de arriba y el evaluar las cosas terrenales desde una perspectiva celestial.

Gracias al Espíritu Santo podemos comprender la Biblia, pero eso no significa que de un día para otro se nos haya cargado toda la Biblia en el disco duro cerebral. Debemos leerla y estudiarla, para conocer a Dios.

Las actitudes externas: crisis de ira, robo, o el decir palabras dañinas, no son meramente un tema conductual externo que

se soluciona poniéndose un terno, o con reglas estrictas y una supervisión disciplinaria.

El trato duro del cuerpo, enfocado meramente en lo conductual, puede servir un tiempo, pero cuando la persona ya se cansa de la supervisión militar, va a volver a desbandarse, porque sus lógicas internas siguen siendo las mismas. Sus pensamientos no fueron renovados, solo sus acciones externas, por lo cual cuando no tiene una supervisión externa, cuando está solo, cuando no es domingo, cuando nadie lo ve, siguen fluyendo sus acciones de acuerdo con lo que abunda en su corazón, en sus pensamientos.

Entonces, ¿qué hacer si no basta con enfocar en el “NO” de prohibición? Debemos enfocar en el “SÍ”, en el deseo del Espíritu. Haciendo esto, automáticamente no caeremos en el deseo de la carne. La gracia de los mandatos de Efesios es que no te menciona solamente el “No”, sino que también el “Sí” y las lógicas detrás de ese “Sí”, de ese deseo del Espíritu. Observémoslo en el versículo presentado antes respecto al airarse.

Motivos pecaminosos de la ira

“Airaos, pero no pequéis”. ¿Qué dice esta frase? Algo bien sencillo: airarse no necesariamente es pecaminoso. La ira es una emoción. Tener emociones no es pecado.

El pecado está en lo que a veces motiva esas emociones y en lo que hacemos con esas emociones. Es decir, el pecado está en el antes y en el después. Analicemos primero los motivos pecaminosos de la Ira, para después proceder al manejo de ésta.

¿Dios se enoja? Sí. ¿Jesús se enojó? Sí. ¿Existe la Ira de Dios? Sí. Y resulta que Dios es Santo, ¡en Él no hay pecado!

Su Ira es legítima y buena. Consiste principalmente en enojarse e indignarse con el pecado y la maldad. Y está bien. ¡Es

Santo indignarse con las violaciones sexuales y enojarse con las injusticias!

El problema es que la mayoría de nuestras iras y enojos no se deben a ese motivo.

Vemos las noticias y tal vez nos enojamos un poco, o tal vez somos indiferentes. Pero lo que en realidad más nos enoja es que alguien nos trate mal, que alguien se interponga entre lo que deseamos, que nos quiten el puesto, que nos hagan perder dinero o tiempo. Es decir, la gran mayoría de nuestros enojos, no provienen de una motivación santa, sino egocéntrica. Por eso dice Santiago:

*La ira del hombre no obra la justicia de
Dios. (Santiago 1:20)*

Dios se enoja con justicia y santidad por la maldad.

Nosotros nos enojamos por egocentrismo.

Así que Santiago dice a la iglesia:

*¿De dónde vienen las guerras y los pleitos
entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones,
las cuales combaten en vuestros miembros?
Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de
envidia, y no podéis alcanzar; combatís
y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis,
porque no pedís. (Santiago 4:1-2)*

¿Estás teniendo muchísimo conflicto con tu conyugue, con tu familia, con tu jefe, con tus hermanos en la fe? Ojo, que el pecado del otro no justifica tu pecado. Considera este pasaje y entiende lo siguiente: tu ira no es necesariamente por lo que el otro hizo, sino por tus propias pasiones y codicias que no ves satisfechas.

Te enojaste con la otra persona porque querías algo, deseabas algo, codiciabas algo, y no se te dio. Te enojaste porque que-

rías ser tratado amorosamente y no fue así. Te enojaste porque querías que te concedieran tu petición y no fue así. Te enojaste porque codiciabas el amor de la persona y no resultó así. Te enojaste porque diste un consejo o un bien y esperabas gratitud, y no la hubo.

Te enojaste, pero no por la injusticia, como ocurre en Dios, sino por egocentrismo, por desear algo intensamente que no obtuviste.

¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? Pregunta Santiago y responde: De vuestras propias pasiones. Codiciáis y no tenéis.

En otras palabras, los pleitos provienen de nuestras propias idolatrías. Aquellas cosas que amamos incluso más que a Jesús, a tal punto que estamos dispuestos a pecar para obtenerlas. Idolatrías.

Idolatría al control, a que se haga todo como yo quiero.

Idolatría al poder, a dominar y que el otro me haga caso.

Idolatría al afecto, a que todos me quieran.

Yo soy el centro. Idolatrías.

Por tanto, el primer paso del creyente para salir de sus crisis de ira es salir del centro, no estar pensando todo el día en sí mismo, en lo que quiere y en cómo debería ser el otro. Porque, aunque no quieras tener crisis de ira, si tu mente no ha sido renovada y piensas todo el día en lo mal que te trata tu cónyuge y en lo que deseas tener o hacer y no puedes, obviamente vas a responder automáticamente con enojo.

Las crisis de ira y el mal carácter no son solamente una des-templanza del momento. Las crisis de ira y el mal carácter están arraigadas en un entramado de pensamientos que giran en torno al yo (*“yo quiero esto”*), a la autocompasión (*“¿por qué siempre*

yo?”), a la victimización (“*mira cómo me tratan*”), a la envidia (“*yo también quiero descansar*”).

La hostilidad externa no es más que una expresión de la hostilidad interna, a los combates y luchas que tengo en mi mente con las demás personas. Y en este punto es que es tan crucial el cambio de las lógicas internas, el cambio de pensamientos.

Dónde fijar los pensamientos

*Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol
sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo.
(Efesios 4:26-27)*

¿En qué debo estar pensando y con qué debo alimentar mi mente para no estallar en ira y mejorar el carácter?

1º No se ponga el sol sobre vuestro enojo: Debo asumir como problema central mi propio pecado.

La determinación de no terminar el día en pecado de conciencia es una determinación personal con el Señor que es independiente del otro, del desempeño del otro, de si pidió perdón o no, e, incluso, de si sigue enojado o no. La determinación es personal y con el Señor. Por tanto, el mayor obstáculo para obedecer este mandato no será el otro, sino nosotros mismos, nuestro propio pecado.

¿Tienes problemas matrimoniales? Entiende que el pecado del otro no justifica tu pecado. El problema principal en tu crisis matrimonial no es el otro, sino tu propia carne, que no tolera al otro, que no ama al otro; son tus propias pasiones las que están desbandadas.

Por ello, sal del centro y del diálogo contigo mismo, y conversa con el Señor. Míralo a Él, con una determinación de vivir

para Su gloria. Esa determinación de hacer el bien y de no pecar, es independiente del pecado del otro.

Tu primer pensamiento del día debe ser: *“Señor, hoy día, permíteme no pecar. Permíteme terminar el día con el corazón resuelto. Independiente del pecado y las actitudes de mi cónyuge, permíteme hoy día vivir en santidad para tu gloria. Permíteme hoy día, frente al mal, responder con bien”*.

El mandato es claro: Ama a tu prójimo, partiendo por el más próximo. Eso significa que, el hecho de que nuestro prójimo más próximo esté sumamente carnal y pecador, no nos otorga permiso para andar igual de carnales y pecadores.

Si miro continuamente al Señor, responderé bien frente a todo embate de las tinieblas, como respondiendo al Señor, pues por Él y para Él hacemos todas las cosas.

Teniendo esa claridad, habitará en mis pensamientos una continua conversación con el Señor en torno al anhelo de vivir en santidad y no querer pecar (“líbrame del mal y no me dejes caer en tentación”).

En resumen, partamos el día pidiendo santidad a Dios y terminemos el día pidiendo perdón a Dios.

2° Ni deis lugar al diablo: Debo considerar en mis pensamientos al verdadero enemigo, satanás.

Tu enemigo no es tu cónyuge, o tus hijos, o el hermano de la iglesia, o el jefe, o el vecino. En primer lugar, es tu propia carne y, en segundo lugar, siguiendo el texto, es el diablo y sus demonios.

El creyente no puede ignorar que el diablo anda como león rugiente buscando entrar a su casa y causar destrozos. ¿Cómo lo logra? Tentándonos a pecar, pues si caemos y pecamos, caemos bajo la disciplina de Dios y el diablo nos puede torturar.

Esa vieja técnica la vemos a lo largo de toda la Biblia, como aquella vez que el brujo Balaam no pudo maldecir a Israel, por

lo cual aconsejó al rey Moabita que les enviara mujeres para que Israel fornicara. Eso hizo el rey, ellos pecaron, Dios los disciplinó y murieron miles (Nm.31:16).

Al pecar damos lugar al diablo en nuestra casa y no podemos ser indiferentes ni ignorantes a esta verdad.

Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. (Efesios 6:12)

Humanamente hablando, Pablo tenía muchos enemigos: Los judíos que lo azotaron, los romanos que lo encarcelaron, los falsos creyentes que lo desacreditaron, etc. Pero, aun así, él no perdió la perspectiva espiritual de la situación: Tanto judíos como romanos eran el objetivo de su predicación del Evangelio, y el enemigo era el poder que operaba detrás de ellos, el diablo, el poder que ejerce control sobre los hijos de perdición.

Si en tu casa tienes un campo de batalla, de hostilidades y peleas, entiende que tu enemigo no son los tuyos, no es tu cónyuge o hijos o familiares. Entiende que si son inconversos están bajo el dominio de Satanás, y si son cristianos, pueden estar oprimidos por él, si le han dado lugar pecando.

Entiende que tu lucha es siempre espiritual. Y ¿cómo se vence espiritualmente al enemigo?

Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. (Santiago 4:7)

La mayor liberación es la santificación.

Hay victoria en la santidad, en someterse a Dios, en precisamente no dar lugar al pecado en tu vida. Porque si das lugar al

pecado, das lugar al diablo. El diablo quiere que peques, porque así sufres, porque Dios te tiene que disciplinar por amor. Es por esta razón que la mayor liberación es la santificación, es someterse a Dios.

El trabajo de las emociones

Repasemos lo aprendido hasta acá en el presente capítulo:

La ira es una emoción y, como tal, no es intrínsecamente pecaminosa, sino que el pecado está en el motivo de la ira y en lo que hacemos con la ira.

Respecto a los motivos: El mal carácter y la ira pecaminosa vienen de nuestras propias codicias, envidias y deseos carnales no cumplidos. No tienen solo que ver con el otro, sino que con mi propia carne y pensamientos egocéntricos. Tiene que ver con estar pensando en mis propias pasiones y deseos, en lo mal que me tratan y en lo pobrecito de mí. Con mis idolatrías, aquellas cosas que amo incluso más que a Cristo, estando dispuesto a pecar para obtenerlas.

¿Entonces en qué pensar para no caer en ira pecaminosa? En procurar vivir una vida en santidad diaria para el Señor y en que estamos en una batalla espiritual en la que Satanás quiere hacerme caer. Si tengo presente al enemigo y la batalla, no me dejaré atrapar tan fácilmente por el enojo cuando el prójimo me está gritoneando.

Pregunto: ¿Tienes un mal carácter?, ¿tienes repetidamente crisis de ira? Entonces pregúntate: ¿Has tenido en mente diariamente la determinación de guardarte en santidad para la gloria de Cristo?, ¿conversas diariamente con el Señor al respecto? Y, por otro lado, ¿has tenido presente que estás en un campo de batalla y que diariamente los demonios buscan hacerte caer a ti y tus familiares?

Una vez avanzado en todos estos puntos presentados por Efesios 4:26-27, queda un último punto que me gustaría abarcar en el presente capítulo, aunque no está presente en estos dos versículos de Efesios, y es el siguiente:

¿Qué hacer con la emoción del enojo cuando asoma?

Habíamos dicho que el pecado no está en las emociones, sino en sus motivos y en cómo las canalizamos, en qué es lo que hacemos con el enojo, la pena, la frustración, o la emoción que sea.

¿Qué es lo que solemos hacer cuando estamos enojados y nos dan crisis de ira? Actuamos con violencia: Violencia verbal, violencia en el tono de voz, violencia en las actitudes, violencia física. ¿Por qué?, ¿qué hay detrás de la violencia? La violencia es un acto de venganza, es querer infligir dolor a la otra persona.

Por eso decimos cosas hirientes. Queremos infligir dolor porque la persona se interpone entre nuestra voluntad y el cumplimiento de esa voluntad. Esto nos da ira, y la respuesta vengativa es la violencia.

Si descargo mi emoción contra la persona que me tiene enojado, voy a pecar. ¿Entonces qué alternativas me quedan?

Muchos creyentes optan por no hacer nada con la emoción, para así evitar pecar. Sencillamente se la tragan, intentan ignorarla. Pero esa opción no resulta saludable. Las emociones atragantadas suelen finalmente aflorar de diversas maneras: ciclos de explosiones de ira irrefrenables, enfermedades somatomorfas, vicios diversos que buscan ahogar y anular el malestar acumulado, etc. Es decir, tarde o temprano, la emoción buscará su vía de escape y no será saludable.

Pero, si no es saludable desaguar primariamente la emoción sobre el prójimo, ni tampoco quedársela exclusivamente para uno, ¿qué alternativa queda? La alternativa bíblica: derramarla primeramente ante Dios.

No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. (Romanos 12:19)

Dejar lugar a la ira de Dios, es aceptar con humildad que nuestra evaluación de la situación puede estar errada. Puede ser que tengamos una ira justa, pero lo más probable es que no lo sea, sino que sea egocéntrica, por lo cual es mejor dejar la venganza en las manos de Dios.

Ahora bien, ¿cómo se hace eso de “dejar” nuestra ira ante Dios para dar lugar a la Suya? He aquí un par de ejemplos:

El ejemplo de Jeremías:

Acuérdate, oh Jehová, de lo que nos ha sucedido; Mira, y ve nuestro oprobio. (Lamentaciones 5:1)

El lamento es importante. Consiste en transformar el enojo en llanto y lágrimas ante Dios; en lágrimas de impotencia, que quedan derramadas ante el que tiene toda la potencia.

El ejemplo de Nehemías:

Acuérdate, Dios mío, de Tobías y de Sanbalat, conforme a estas cosas que hicieron; también acuérdate de Noadías profetisa, y de los otros profetas que procuraban infundirme miedo. (Nehemías 6:14)

Y resulta que Nehemías era gobernador. Él pudo tomar venganza y no lo hizo. Nehemías vertió toda su rabia a los pies del Rey Supremo.

No obstante, tal vez tu rabia es mucha y no te sientes identificado con las oraciones de Jeremías y Nehemías. A continuación, un ejemplo menos civilizado y más aguerrido, que tal vez interprete mejor tu sensación actual.

El ejemplo de David:

Oh Dios, quiebra sus dientes en sus bocas...
(Salmo 58:6)

La verdad es que este salmo está hablando poéticamente de cómo los enemigos son serpientes. La solicitud a Dios es que Él les quiebre, metafóricamente hablando, aquellos colmillos venenosos que tienen. Ahora bien, aunque sea una expresión poética, no deja de ser fuerte que David haya orado airado ante Dios, mencionando a sus enemigos serpientes cuyos dientes deben ser quebrados. ¿No crees?

Pero piensa en lo siguiente: Si analizas la vida de David, ¿fue acaso vengativo con Saúl? ¿Ves en la historia bíblica que fue impulsivo en responder agresivamente contra sus perseguidores? ¿No vemos, más bien, lo contrario en sus actitudes? ¿Cómo es eso?

Lo que pasa es que a lo largo de los libros de Samuel y de los Salmos observamos que el hombre tenía una buena higiene emocional. David dejó continuamente su ira, su pena y su frustración (así como también sus alegrías) a los pies de Dios. Claramente, esto ayudó a que en los momentos clave no le cortara impulsivamente la cabeza a Saúl.

David, pudiendo, no le quebró los dientes a Saúl. Si quieres ser igual, ora tres veces al día que Dios quiebre los dientes de... Es un chiste, no lo hagas. Pero aprende de la higiene emocional de David, de cómo canalizaba todas sus emociones con lágrimas ante su amado Buen Pastor.

Obviamente, resulta inevitable hablar en este punto de nuestro máximo ejemplo de santidad: Jesucristo. Nuestro Rey soportó insomnio, calumnias, escupos, golpes, burlas, azotes, indiferencia, espinas, escarnio, injusticia, traición, clavos, abandono, opresión, agotamiento, dolor, vinagre y tortura, y, todo esto, sin abrir la boca ni pecar en su corazón. ¿¿Como lo hizo?! Es verdad que Él es perfecto, pero lo que observamos en el texto bíblico es que, en Su perfección, primero lloró amargamente ante el Padre.

Antes del Gólgota, fue el Getsemaní.

De hecho, para poder soportar el Gólgota como Jesús, es necesario primero arrodillarse y llorar en el Getsemaní como Jesús.

¿Tienes una higiene emocional adecuada? No esperes responder en el momento de los conflictos familiares como Jesucristo, si no hiciste lo que hizo Jesucristo antes del gran conflicto.

¿Qué haces con tus emociones cuando surgen? ¿Te has vuelto más violento? ¿Lo tragas todo?, ¿intentas refrenarte, pero finalmente revientas de alguna manera?

La recomendación a lo largo de la Escritura es clarísima: Lloro todo con Dios. Bótalo todo ante Dios, clama a Dios, deságualo con Dios, y así tu lamento o salmo personal, va a terminar como los de David, en paz y alabanza.

ROBO, TRABAJO Y

DADIVOSIDAD

*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje,
haciendo con sus manos lo que es bueno, para que
tenga qué compartir con el que padece necesidad.*
(Efesios 4:28)

La ley se resume en amar

Hemos entendido que la lucha actual del creyente consta de desvestirse de sus pensamientos y lógicas antiguas, y vestirse, asumir, entender, reflexionar en las lógicas nuevas de esta nueva vida, ahora en el Señor.

*Porque cuál es su pensamiento en su
corazón, tal es él. (Proverbios 23:7)*

Uno actúa y vive de acuerdo con lo que uno piensa.

Según dónde fijo mis ojos y mis pensamientos, así andaré.

¿Cuáles son los deseos y las lógicas antiguas, y cuáles son los deseos del Espíritu Santo y las lógicas nuevas? Pablo da cuarenta ejemplos concretos de esto en la segunda sección de la Epístola

a los Efesios. El versículo 28 nos trae el tercer ejemplo concreto de este desvestirse y vestirse de nuevas lógicas.

Vuelve a leer el versículo puesto debajo del encabezado y responde:

¿Cuál es el “no” en este texto? No hurtes.

Este “no” no sorprende a nadie porque, la verdad, ya lo sabíamos desde la época de Moisés, siendo el octavo mandamiento de las tablas de la Ley: *No hurtarás (Ex.20:15)*.

Pero el tema de la Ley es que Dios la dio no como un renovador del corazón, sino para que nos diéramos cuenta de que somos incapaces de cumplirla.

Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado. (Romanos 3:20)

La Ley de Moisés no se esmera en explicarnos las lógicas del Evangelio, porque no es Su objetivo, sino que el conducirnos derrotados ante Cristo, el único perfecto Salvador. Pero ahora que Cristo ya ejecutó la obra salvadora y nos dimos cuenta de que solo Él es digno de gloria y reino, el Evangelio nos enseña, a través de Jesucristo, la necesidad del cambio de las lógicas, resumiendo toda la larga Ley de Moisés en esta corta frase:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. (Mateo 22:37-40)

Todos los más de 600 mandamientos de la ley de Moisés se resumen en un solo mandamiento: la Ley del Amor. Amar a Dios y amar al Prójimo.

¿Cómo es esto? ¿Por qué? Porque este mandamiento del amor no se enfoca en el “NO”, sino en el “SÍ”, en qué Sí pensar, en qué Sí enfocarse. Y, cuando te enfocas en ese Sí, automáticamente no cometes los “No”.

Observemos esta verdad en el versículo 28.

Robo y lógicas del evangelio

*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje,
haciendo con sus manos lo que es bueno,
para que tenga qué compartir con el que
padece necesidad. (Efesios 4:28)*

El “No” del texto es, no hurtar, no robar. ¿Y cuál es el “Sí” del texto?

Hay muchos Sí. Al menos tres: Trabajar con las propias manos, trabajar en lo que es bueno y compartir con el necesitado.

No basta con simplemente proponerse cambiar la conducta externa de dejar de robar, hay que renovar la manera de pensar, porque ¿qué saco con amarrarle a alguien las manos, cuando su corazón piensa en robar? (Pr.24:2)

¿Por qué robamos? Tal vez tú dices, “yo no robo”. Ojo, no nos volvamos arrogantes. Hay todo tipo de robo, partiendo por el robo de gloria a Dios, y no creo que alguien de nosotros humanos estemos libre de ese delito.

Pero, yendo ahora específicamente al robo de cosas materiales, son una multitud de pensamientos internos los que nos llevan a robar, por ejemplo, a través del no pago de los impuestos, o llevándonos el material de la oficina a la casa; o que nos conducen

a robar el vuelto que nos dieron demás, o a robar el diezmo a Dios, o a robar con falsas horas extras o con tratos fraudulentos.

Todos estos robos tan comunes, no se cometen solo porque sí. Hay muchas lógicas de fondo involucradas. ¿Cuáles? Tal vez mejor nos planteamos la pregunta al revés: ¿Qué cambios en mi modo de pensar me llevarán a, automáticamente, no robar? Analicemos el “Sí” del texto y las diversas lógicas que nos comparte el Evangelio.

a) Disposición a Trabajar

*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje,
haciendo con sus manos lo que es bueno,
para que tenga qué compartir con el que
padece necesidad. (Efesios 4:28)*

¿Estás trabajando? ¿Estás dispuesto a esforzarte con tus propias manos? Lo primero que debe estar en nuestras lógicas de pensamiento como creyentes es la disposición a trabajar, a entender el trabajo como una bendición de Dios y un mandato de Dios.

¿Tienes la disposición a incluso trabajar en cualquier cosa, sabiendo que trabajar y cultivar este mundo glorifica y es una alabanza a Dios? *Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo (Juan 5:17)*, decía Jesús. Dios trabaja, por tanto, trabajar es una bendición, no una maldición.

El problema del trabajo en el mundo actual es la maldición de trabajar duro con poca recompensa. Tal es la maldición consecuencia del pecado de Adán: trabajar con mucho sudor en la frente y por poca compensación a cambio. Pero el trabajo en sí no es malo, pues no es producto de la caída, sino que previo a la caída. Laborar es parte de la creación perfecta de Dios, pues Dios mismo trabaja con gozo incansablemente.

Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. (Génesis 2:15)

Trabajar con las propias manos dedicándose con tiempo, fuerzas y recursos a lo que a uno le gusta, resulta ser un gran deleite. Probablemente en el cielo tampoco estaremos ociosos, sino que, al contrario, entre muchas otras cosas, vamos a trabajar en todo lo que disfrutamos y por el tiempo que lo deseemos.

Visto desde el otro lado, alguien que no vive en este “Sí” al Espíritu, alguien que no tiene la disposición a trabajar, suele ser ocioso, flojo, perezoso y, por tanto, se le va a hacer mucho menos difícil robar, porque parte de las lógicas del robo es el camino fácil, el ganar sin esfuerzo, el ... no trabajar.

b) Trabajar en lo que es Bueno

*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje,
haciendo con sus manos lo que es bueno,
para que tenga qué compartir con el que
padece necesidad (Efesios 4:28)*

No basta con la disposición a trabajar, porque hay mucha gente que trabaja duro, pero no con temor reverente de Dios, sino en cosas que dañan a otros. La otra lógica del Evangelio que debemos adquirir es la lógica de hacer lo que es bueno, trabajar en algo que glorifica a Dios.

Cuando estaba recién salido del colegio, un familiar me ofreció abrir un negocio como representante local de ventas de unos juegos de computador. Yo me entusiasmé, tracé líneas, empecé a ver dónde instalarme en la ciudad, calculé los costos y las ganancias, etc. Todo bien, hasta que uno de esos días, se me ocurrió mostrarle a mi abuelo (un hombre de Dios) uno de estos juegos de computadora que iba a vender. El miró la carátula, que tenía una imagen diabólica demoniaca, y me dijo una sola frase: “*Un creyente no puede vender estas cosas*”. Eso fue todo. Yo no había pensado en eso. Tenía la disposición a trabajar, pero no había pensado en si lo que vendía glorificaba a Dios o no, o si edificaba

a otros o no. Dejé todo el plan de venta de lado y entré a estudiar a la universidad.

No basta solo con la disposición a trabajar, también tiene que estar la disposición a trabajar amando a Dios y al prójimo, es decir, trabajar en algo bueno, en algo que beneficie a los demás, no que los dañe.

No basta con esforzarse como matrona, si trabajas en una clínica abortista matando bebés.

No basta con que te esfuerces, labores y crezcas, si tu empresa en realidad fomenta el mal.

Como hijos de Dios, debemos poner nuestro esfuerzo y nuestras manos en trabajos de bien.

Si tu trabajo no es de bien, entonces pídele a Dios que te ayude a cambiar de trabajo. Es mil veces mejor barrer, limpiar baños o vender pescado, que ser gerente general de una empresa millonaria de venta de armas que destruyen a las multitudes.

Si no tienes este pensamiento de hacer bien al prójimo con tu trabajo, serás propenso a robar. ¿Por qué? Porque en realidad no te interesa el prójimo, hacer el bien no está tu lógica primaria. Si en ti no está la lógica de hacer lo bueno, lo que edifique al otro, aunque seas trabajador, estarás propenso al hurto. Por eso hay tanto ladrón de cuello y corbata. No es solo la falta de dinero o la necesidad lo que conduce al robo, sino la lógica de trabajo ególatra desconectado del bien al prójimo y del temor a Dios.

c) *Tener para Dar*

*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje,
haciendo con sus manos lo que es bueno,
para que tenga qué compartir con el que
padece necesidad. (Efesios 4:28)*

¿Para qué ganar dinero? ¿Para qué esforzarme todo el mes por el sueldo? ¿Para qué tener?

La lógica del Evangelio no es tener para retener, sino tener para dar.

No queremos estar endeudados, porque queremos poder diezmar a Dios, aportar a las misiones y ofrendar a los necesitados.

La lógica del mundo es trabajar para poder tener dinero suficiente para los deleites personales. Ésta es una lógica egocéntrica: El sueldo es para mí. Pero el pensamiento del creyente que ama a Dios y ama al prójimo, es tener para utilizar ese recurso para la gloria de Dios y el beneficio del prójimo, partiendo por el más próximo, que es la familia.

Queremos administrar bien nuestros recursos, no porque tengamos en mente el “No” (no robes; no te endeudes; no seas desordenado), sino porque tenemos en mente el “Sí”. Quereos ser dadivosos; queremos ayudar a los huérfanos; queremos ayudar a los extranjeros; queremos ayudar a los abuelitos desamparados; queremos compartir. Por eso, como creyentes, nos restringimos, nos apretamos el cinturón, nos esforzamos y nos ordenamos económicamente.

La lógica del mundo es egocéntrica (“yo tengo para mí”) y es autocompasiva (“yo tengo menos que el otro”). Desde esa lógica, estamos a un paso de robar. Es la lógica del Robin Hood, que justifica el robo a los que tienen más, por el mero hecho de que tienen más.

Pero en Cristo no es así. ¿Por qué? Porque entendemos que somos los que tenemos más. Siempre tenemos más que el mundo. Yo tengo más que el gerente general del supermercado transnacional más grande del mundo. Así que yo no quiero su dinero, pues ya tengo todo.

¡Yo tengo a Cristo!

Nosotros los creyentes siempre tenemos más que todo el mundo: tenemos salvación, perdón, gozo y esperanza.

Tenemos a Jesús.

Quizás tenemos menos dinero que muchos otros. Quizás tenemos menos comodidades que muchos otros. Quizás tenemos menos lujos que muchos otros. Pero tenemos a Cristo y, teniéndolo a Él, lo tenemos todo.

Al que te pida, dale, “*y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa*” (Mateo 5:40). ¿Por qué haría tal locura? Porque, de partida, tú tienes más.

Todo es de Cristo, todo es tuyo.

Tú eres coheredero de todas las cosas. ¿Para qué te vas a amargar por pequeñeces y migajas? Aunque el otro sea multimillonario, tú tienes más.

En nuestra mente debe prevalecer el pensamiento de dar, y el Espíritu Santo pone en nosotros el querer dar al que padece necesidad. Todos los días debemos desvestirnos del antiguo pensamiento egocéntrico y vestirnos del nuevo pensamiento de amor, de dar al necesitado.

Y no solo al necesitado económico, sino también dar el Evangelio al necesitado de Dios; y dar afecto al necesitado de amor; y dar rumbo al necesitado de propósito, al perdido; y a Cristo al que padece necesidad de vida abundante.

Conclusión

*¿En torno a qué giran tus pensamientos?
¿Cuáles son las lógicas que te recuerdas
todos los días para andar en ellas? Amados,
“cuál es su pensamiento en su corazón, tal
es él.” (Proverbios 23:7)*

Amada iglesia, según aquello en lo que fijas tus pensamientos vas a vivir. Según donde persevere tu mente, vas a vivir en mayor o menor santidad. En el Evangelio hay nuevas lógicas disponibles para nuestra mente. El texto de Efesios 4:28 nos invita a que nos vistamos de los siguientes pensamientos del Espíritu:

- 1) Voy a ser una persona trabajadora, esforzada, porque eso glorifica a Dios y bendice al prójimo.
- 2) Voy a trabajar en algo de bien, algo que edifique y ayude de una u otra manera al prójimo. No importando la connotación social que le asigne la cultura a tal trabajo, sino la connotación celestial que tiene a los ojos de Dios.
- 3) Lo que gano, no es solo para mí, es también para compartir, para amar al prójimo, para dar al necesitado. Dios nos ha dado todo, ¿cómo no vamos a dar a otros? Dios nos ha dado la vida, el sol cada mañana, el aire, el alimento diario, el techo, el abrigo, ¿cómo no vamos a dar a otro?

Más aún, Dios nos ha dado vida eterna y perdón inmerecido, dando Su propia sangre por mí, ¿cómo voy a atreverme a quitarle a otro por medio del robo? Más bien, es al revés: daré tiempo, palabras, dinero, dedicación, cariño y perdón abundante a los demás, pues la lógica del Evangelio es dar de gracia, porque por gracia hemos recibido todo.

Si tus pensamientos diarios giran en torno a todo esto, pregunto: ¿crees que vas a tener que luchar mucho contra la tentación del hurto? ¿Realmente crees que vas a tener que luchar mucho contra el deseo de la carne de robar a otro, si tus pensamientos perseveran en el “Sí” del Evangelio?

El pensamiento del necio es pecado
(Proverbios 24:9).

¿Y el nuestro? ¿Cómo está tu mente? ¿Son tus pensamientos un foso séptico o son un olor grato y fragante a Dios? Amados,

si tus pensamientos salen del egocentrismo y giran en torno al amor a Dios y al prójimo, serás libre de una multitud de deseos engañosos del corazón.

Por eso, el que ama, cumple toda la Ley.

Amar parte en la mente, pensando en cómo bendecir y edificar al otro.

Desde ese corazón, abundará continuamente el bien.

¿BOCA DAÑINA O

EDIFICANTE?

Recordemos una vez más lo visto hasta aquí: Los primeros tres capítulos de Efesios nos enseñan sobre la preciosa obra de Salvación de Dios hacia nosotros, y los segundos tres capítulos hablan de cómo cambia concretamente nuestra vida frente a esa realidad.

Ese cambio viene de adentro hacia afuera, viene de nuestra manera de comprender la vida, de nuestras lógicas de reflexión. Lógicas que ahora ya no están basadas en lo que el mundo dice o lo que yo pensaba, sino en lo que dice la Palabra y en el deseo del Espíritu Santo. El pasaje introductorio a toda esta sección práctica es:

*En cuanto a la pasada manera de vivir,
despojaos del viejo hombre, que está
viciado conforme a los deseos engañosos,
y renovaos en el espíritu de vuestra mente,
y vestíos del nuevo hombre, creado según
Dios en la justicia y santidad de la verdad.*
(Efesios 4:22-24)

El creyente debe recorrer el proceso de santificación. Éste va a consistir en desvestirse de las antiguas maneras de pensar y no tomar en cuenta los deseos de la carne, asumiendo nuevas lógicas de pensar, aceptando los deseos del Espíritu y comprendiendo la Biblia, que es la Palabra de Dios. Esa nueva manera de pensar va a producir un cambio en la manera de vivir, porque según lo que uno piensa, hace.

Ya hemos analizado tres cambios concretos y las lógicas detrás de esos cambios: la mentira, las crisis de ira y el robo. Ahora Pablo va a introducir un cuarto tema y lo va a desarrollar un poco más que los tres temas previos, probablemente porque es un tema que nos cuesta más: la lengua.

Como dice Santiago, todos ofendemos muchas veces. ¿Pero cómo refrenar la lengua?, ¿cuál es la renovación interna que debe ocurrir para esto? El pasaje que vamos a analizar a continuación es éste:

(4:29) Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. (30) Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. (31) Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. (32) Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. (5:1) Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. (2) Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. (3) Pero fornicación y toda inmundicia, o

avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; (4) ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. (Efesios 4:29-5:4)

El piso desde el cual obedecemos

El pasaje contiene un gran “No” inicial (“ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca”) y después va desarrollándolo y especificándolo.

Pero no quiero partir el análisis en el “No”, en la prohibición, porque como ya se han dado cuenta, el “No” se va a cumplir automáticamente cuando un corazón está enfocado en el “Sí”, en el deseo del Espíritu, en el Evangelio.

Si perdemos de vista el Evangelio, la obra de Salvación de Dios, lo aprendido los primeros tres capítulos de Efesios, podemos terminar obedeciendo a la fuerza, hipócritamente, como un fariseo o legalista.

Primero que todo, recordemos la verdad que está de base y de núcleo en toda esta cuestión y que Pablo coloca en el centro de esta exhortación a controlar la lengua.

Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. (Efesios 5:1-2)

Tú no estás en una mera religión, estás en una familia.

¡Somos hijos amados! Ésta es la base para toda obediencia, para toda obra, para toda acción. No estás en un mero sistema

de creencias en el que tienes que cumplir ciertas normas. No. Estás en la familia de Dios.

Tienes un Padre que te ama desde antes de la fundación del mundo y te amará por la eternidad. Tienes un hermano mayor, que te ama tanto que, sabiendo que ibas a fallar, se entregó a Sí mismo por ti.

No eres un niño de la calle, fingiendo ser un príncipe. Tú has sido efectivamente rescatado de la calle y ahora estás sentado juntamente con Cristo en el palacio del Rey. Él ya te salvó, y por pura gracia, no por tus esfuerzos. Eres, en efecto, legalmente un príncipe.

Tu adopción por parte del Padre no está en juego según tu comportamiento. Ya fuiste amado y adoptado; Él no te va a devolver a las tinieblas de la calle. Lo que está en juego en tu caminar cristiano es tu gozo y tu disfrute, es a cuanta disciplina te deberá someter el Padre amoroso, según con cuanta rebeldía te resistes a Él. Lo que está en juego es el gozo de ciertas recompensas celestiales, pero no está en juego tu justificación o adopción, porque eso Dios ya lo llevó a cabo, ya puso fe en ti, ya te regeneró y ya estás en Su familia.

En todos los mandatos es muy importante recordar desde qué posición procuramos cumplirlos y obedecer a Dios.

No obedecemos desde el temor, sino desde la seguridad del amor.

No evito mentir, gritar, robar y maldecir porque la religión me lo prohíbe. Evito esas cosas porque mi Papá celestial, que me ama y siempre me amará, no hace esas cosas y yo quiero ser como Él. Yo quiero ser como Dios, como Jesús, que es manso, humilde, bondadoso y justo. Quiero ser como Él. Él me está enseñando en estos textos bíblicos cómo es Él y cómo son Sus lógicas de pensamiento.

Como creyentes, ¿por qué obedecemos a Dios? No obedecemos para que Dios nos ame más, pues Él ya nos ama con todo. Entonces, ¿por qué obedecemos?

Obedecemos porque Él nos ama.

Obedecemos porque Él ya lo dio todo por nosotros.

Obedecemos porque estamos agradecidos.

Obedecemos porque queremos ser como Él, por asombro, por admiración, así como nuestros hijitos pequeños alguna vez nos han dicho: *“papá, cuando grande quiero ser como tú”*.

Nuestro foco, por tanto, no es el “No” (no peques, no digas palabras corrompidas), sino que es el “Sí” (el deseo del Espíritu, el deseo de ser conforme a la imagen de Cristo, de Jesús). Nuestro pensamiento persevera en Él, en cuánto me ama, en lo perfecto que es Él, en cómo quisiera ser como Él, porque ahora soy de Su familia, por pura gracia y para Su gloria.

Si eso está en mi mente, la predisposición a obedecer es otra, mi motivación es otra, mi gozo en la obediencia es otro. Leyendo desde esa lógica y esa verdad, el tono de la lectura del texto bíblico cambia.

Obediencia desde la relación

(4:29) Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. (30) Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

Todo lo que salga de nuestra boca debería pasar primero por el siguiente filtro: “Lo que voy a decir, ¿va a edificar, o va a dañar?”

Si ocupáramos ese puro filtro, probablemente ¡nos ahorraríamos más de la mitad de los problemas que tenemos!

Una sola pregunta, un solo filtro: *“Esto que quiero decir, ¿va a edificar, a ser de beneficio de alguna manera o no?”* Si la respuesta es “no”, entonces debemos callar, porque el que mucho habla, mucho yerra.

Entonces, si es tan simple la cosa, ¿por qué no aplicamos ese filtro tan sencillo de una sola pregunta? Porque en nuestro pensamiento central no está Dios, ni el amor de Dios, ni el imitarlo a Él, sino que están nuestras ganas de contar lo que me hizo tal persona, nuestros deseos de responderle al que me ofendió, nuestras ganas de vengarnos, nuestro deseo de reír (aunque sea a costa de otro), nuestras ganas de burla. En nuestro pensamiento está el yo, yo y yo.

Estando el “yo” en el centro de mis pensamientos, estando mis deseos, mis anhelos, mis ganas, no estoy en el “Sí”, en el deseo de Dios, en el tener a Jesús como centro, y entonces contristo al Espíritu Santo. ¿Cómo contristamos al Espíritu Santo? De acuerdo con este texto, lo hacemos con nuestras palabras, con lo que hablamos, cuando de nuestra boca salen palabras que no edifican a otro.

¿Cuántas veces al día contristamos a nuestro amado Espíritu Santo?

Él es Santo y humilde, y desea que te parezcas a Jesús. Desea que glorifiques al Padre y al Hijo, y lo imites. Él desea que seas un edificador, no un destructor, por lo que cada vez que salen palabras dañinas, le hacemos doler. Si tienes una relación real con Él, ya te has dado cuenta como se te aprieta el corazón cuando pecas con tus palabras.

Notemos que el versículo 30 menciona que Dios tiene emociones y cómo esas emociones se ven afectadas con nuestro pecado. Tu vida cristiana no es una mera religión, es una relación

con el Dios vivo. Una relación real, bilateral, en la que Dios se apena o se alegra. ¡Considera cuánto te valora el Todopoderoso, como para que tus palabras y actitudes afecten positiva o negativamente Sus emociones! No lo contristes.

Por otro lado, notemos que el mismo versículo dice que ya fuiste sellado para el día de la redención. No dice que pierdes ese sello del Espíritu Santo, porque Él es la garantía de que Dios va a cumplir Su promesa y te va a salvar. Pero sí lo entristeces, porque al pecar Él te va a tener que corregir. El pecado siempre trae dolor; el pecado siempre tiene consecuencias, y la primera es la tristeza de Dios, del Espíritu, que escucha todo lo que piensas y dices.

No es que, al pecar, Dios te va a “des-adoptar”, te va a desafili-
liar como hijo. No. Seguirás siendo hijo, pero con una relación con el Padre claramente afectada. No pierdes el sello, no pierdes la salvación, ya fuiste sellado para el día de la redención, pero pierdes gozo, pierdes bendición.

No es que el Espíritu de Dios sea como una especie de policía enojón parado junto a ti, con una luma en su mano, con ganas de verte fallar para pegarte con su vara. Ésa no es la realidad. Más bien, es la figura de la familia que te ama. Papa, mamá, hermanos, que te aman y te quieren ver florecer y prosperar, pero a quienes entristeces con tus pecados.

El Espíritu Santo es nuestro *paráclitos*, nuestro ayudador y amigo íntimo, que quiere tu máximo bien, tu máxima santidad, tu máximo gozo y a quien, cada vez que sale una palabra corrompida de tu boca, le da pena y le afecta. No es indiferente a eso, porque eso no trae gloria ni al Padre ni al Hijo, a quienes el Espíritu tanto ama.

Es muy importante que entendamos la figura relacional entre Dios y nosotros presentada en toda esta carta, porque de otra forma mi obediencia va a ser solo superficial, mal motivada, pasajera, y con rebeldía y enojo subyacente.

Debemos cambiar nuestra manera de hablar, no por religiosidad, sino porque fuimos adoptados en la más privilegiada familia de toda la historia de la humanidad, nuestro Padre es asombroso, nuestro Salvador es precioso, nuestro Espíritu es maravilloso, y no queremos entristecerlos.

En lo concreto

Dicho y comprendido esto, debemos preguntarnos: ¿Qué cosas concretas son esas palabras que lo contristan? ¡Él es tan bueno, no lo quiero contristar! ¿Qué palabras evito?

El texto es extremadamente concreto para darnos ejemplos de palabras que no edifican:

(5:3) Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; (5:4) ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias.

Aquí tenemos varios ejemplos concretos de conversaciones y palabras que debemos evitar:

- *Evitar hablar de fornicación.*

De pecado sexual. De adulterio. Chistes sensuales. Obscenidades, indecencias, doble sentido, etc. No edifican. Solo estimulan la carne. Déjalas. No edifican. Solo corrompe. Evítalo.

Si no puedes evitarlo, analiza tus pensamientos, porque de la abundancia del corazón habla la boca, por lo cual, si te fluye la morbosidad sexual, significa que tienes mucha inmoralidad en tu mente. Purifícate, renueva tu manera de pensar y pon ojo con lo que está entrando a tu mente.

Deja de escuchar porno auditivo en formato musical de reguetón. Aléjate de conversaciones sexualizadas. Deja de ver inmoralidades en la pantalla. No te alimentes de películas y series que

abundan en fornicación. Renueva tus pensamientos diariamente. Llena tu mente con Palabra, alabanza y oración.

Pero no te apartes de las cosas del mundo porque te lo dice tu religión evangélica, sino porque eres amado por Dios y tú amas a Dios; porque estás contristando al Espíritu, a tu Padre celestial, a tu hermano mayor que dio Su vida por ti, y tú no quieres eso.

- *Evitar hablar de avaricia.*

Ojo con tus conversaciones en torno al dinero y los sueldos, o sobre cuánto gana el otro y lo que debieras ganar tú, etc. No lo hagas, porque esas chismeras y quejas no edifican al otro, ni a ti mismo, sino que solo fomentan el amor al dinero y al mundo. Evítalo. Calla. No edifica, solo corrompe.

Como dice el texto “*no conviene a los santos*”.

- *Evitar las groserías.*

Deja de maldecir. Así no edificas, sino que destruyes. Deja las groserías. Calla. Evítalo, pero no por fariseísmo, para que piensen bien de ti, sino evítalo porque cada vez que tratas a alguien de esa manera, entristeces a Dios. ¿Y cuántas veces al día quieres que esté triste tu Salvador, que te ama y dio su vida por ti? ¿Ésa es tu manera de agradecerle la salvación?

- *Evitar hablar necedades.*

Más aún, no hables necedades, tonterías, cosas que no tienen sentido. No comentes idioteces y vanidades, no contiendas por cosas que no tienen sentido, más que el ego.

Procura edificar, hacer el bien con tu boca. En vez de hablar sobre el país y su situación, y lo mal que está todo, es mejor, como dice la última frase del pasaje, que salga de tu boca *gratitud*, no pesimismo, sino *acciones de gracia* por lo que Dios está haciendo.

¿Y por qué ser tan acucioso con todo lo que sale de la boca?

Porque hemos sido salvados, perdonados, justificados y adoptados en la familia del Rey de reyes.

Porque somos amados y amamos a Dios, no queremos contristarlo. Al revés, queremos imitarlo y ser como Él, edificadores del bien.

No es porque la iglesia me lo prohíbe y tengo que aparentar ante los hermanos que soy buena persona.

No te preocupes, todos sabemos que eres mala persona, al igual que lo somos todos nosotros. De hecho, ¡por eso tuvo que venir Jesús! Si fuésemos buenas personas, nos podríamos haber salvado solos. Pero nadie pudo, ni nadie podrá. Así que tranquilo, pecador redimido, porque estás entre pecadores, aunque pecadores ¡perdonados, justificados y adoptados, que ahora imitan a Jesús!

Ahora vivimos como ciudadanos del cielo, como ya sentados en lo alto, aunque aún estemos en lo bajo de la tierra.

Y eso implica desvestirse diariamente de este mundo, de los pensamientos de este mundo, y vestirse del nuevo. Vestirse con los pensamientos celestiales del Espíritu, el cual, dice Jesús, dejó todo por escrito en la Biblia.

Hablamos, pero los temas que se hablan allá en el cielo y de la manera en que se hablan allá en el cielo.

Aunque aún estamos acá, ya somos de allá.

CONCLUYENDO

Desvestirse y vestirse

(31) Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. (32) Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. (Efesios 4:31-32)

Tal vez te preguntas: “¿y cómo hago eso? Es fácil decirlo, pero ¿cómo quito de mí estas cosas?, ¿acaso el cambio de corazón no lo hace el Señor?”

Sí, el Señor cambia los corazones, pero te recuerdo que eso ya lo llevó a cabo en ti. Ya tienes un corazón nuevo. Ahora lo que te corresponde es desvestirte de tus antiguos pensamientos y llenar tu mente diariamente con los nuevos. Por eso el texto nos da la orden de “*quítense*” esto y “*antes sed*” esto otro.

La tarea de renovación de la mente nos corresponde a nosotros.

Por ejemplo, muchos preguntan “¿puedo escuchar música no cristiana?” Pero creo que ésa no es la pregunta adecuada. Las

preguntas que debemos hacernos, más bien, deberían ir en la siguiente dirección:

¿Cómo ayudo a mis pensamientos a perseverar continuamente en las cosas de arriba para que mi corazón abunde en benignidad, misericordia y perdón?

¿Qué miraré y escucharé hoy para que mi mente piense en Dios y Su perdón hacia mí?

¿Cómo llenaré hoy mi corazón del Señor, para que cada vez que abra la boca fluya agua de vida para otros, y no amargura?

¿Se entiende? Nuestro foco no es el “No” y el qué tan cerca del “No” puedo caminar sin quemarme. Más bien, nuestro foco es el “Sí”, es el qué es lo mejor y cómo puedo caminar lo más cerca del “Sí”, del deseo del Espíritu.

“¿Puedo ver esta serie que es para mayores de edad?” Ésa no es la pregunta adecuada. La pregunta no es qué tan cerca del fuego puedo estar sin chamuscarme. Más bien, mi reflexión debiera girar en torno al “Sí”, preguntándome “¿cómo puedo invertir de mejor manera mi tiempo para la gloria de Dios?”.

Quítense el antiguo ropaje y pónganse el nuevo. Eso significa vaciarse de pensamientos del mundo y llenarse de pensamientos de Dios. ¿Cuándo? Todos los días y todo el día. ¿Y cuál es el resultado de esto?

*El hombre bueno, del buen tesoro de su
corazón saca lo bueno; y el hombre malo,
del mal tesoro de su corazón saca lo malo;
porque de la abundancia del corazón habla
la boca.*
(Lucas 6:45)

Tus palabras y tus conversaciones revelan lo que más abunda en tu mente, lo que más amas, lo que más miras, lo que más adoras, lo que más piensas.

Si en lo que hablas notas que no glorificas mucho a Dios ni alegras mucho al Espíritu, entonces, en vez de ponerte un bozal, cambia tu nutrición espiritual.

Cambia lo que miras y escuchas, y pon ojo en lo que piensas.

Cámbiate de ropa mental.

Si tu mente persevera en las cosas de arriba, automáticamente también lo harán tus palabras.

El redentor es el camino

No obstante, no podemos concluir este libro sin afirmar una vez más que el centro de nuestro vivir cristiano no es solamente procurar vivir en santidad, sino que relacionarnos con Jesús y deleitarnos en Él. El mandamiento es:

*¡Amarás al Señor tu Dios con todo tu
corazón,
y con toda tu alma, y con toda tu mente!
(Mateo 22:37)*

Nuestro mandato principal es maravillosamente relacional.

Luego del arrepentimiento y la fe en la obra de Cristo, ¿qué viene? El disfrute. Nuestra salvación ya nos ha sido regalada por los méritos de Cristo, ¿qué más podemos hacer que gozarnos y deleitarnos en el Rey?

*La piedra que desecharon los edificadores
ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte
de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a
nuestros ojos. Este es el día que hizo Jehová;
nos gozaremos y alegraremos en Él. (Salmo
118:22-24)*

Jesucristo es la piedra que fue desechada en nuestro lugar. Jesucristo es la piedra que Dios resucitó y colocó como cabeza del ángulo del templo, que es la Iglesia. ¿Qué otra cosa podemos hacer más que gozarnos y alegrarnos en Su obra y Su gracia para con nosotros? Él nos ha concedido ser parte de Su pueblo escogido, por el puro afecto de Su voluntad. No nos queda más que adorarle y disfrutar de la comunión y guía diaria que podemos tener con Él.

Así como la conversión implica la decisión de depender de Jesús para salvación, también la santificación implica que continuemos decidiendo depender a diario de Jesús para salvación.

Jesús es el Alfa y la Omega. Él no es solo el inicio, también es el objetivo y el final.

Su invitación es *“si alguno tiene sed, venga a mí y beba”* (Juan 7:37) y *“vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados”* (Mateo 11:28). No es una invitación al mero conocimiento intelectual, sino a tener una relación personal íntima con Él de por vida.

El foco de la santificación no está en el pecado, sino que está en Cristo, nuestro único salvador. El foco está en la esperanza de que Él completará la obra en nosotros; está en el deleite y disfrute de poder relacionarnos diariamente en intimidad con Él.

*“Si, pues, habéis resucitado con Cristo,
buscad las cosas de arriba, donde está
Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned
la mira en las cosas de arriba, no en las de
la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra
vida está escondida con Cristo en Dios.”*
(Colosenses 3:1-3)

Ocuparnos en nuestra salvación involucra estar atentos a nuestros pensamientos y correr a Jesús cuando surjan malos deseos. En ese sentido, lo más fácil es no quitar la mirada de

Él y pensar continuamente en las cosas de arriba, para que las tentaciones no hagan más que rebotar contra nuestra mente.

¿Estás luchando contra el pecado con sufrimiento, con heridas emocionales y pensamientos engañosos? Persevera buscando las cosas de arriba, deleitándote en Dios, porque tu vida está escondida y asegurada con Cristo en Dios.

¿Significa esto negar nuestros dolores y sufrimientos? ¿Vivir deleitándonos en Cristo significa simplemente no tomar en cuenta nuestras emociones? No, ya hablamos de eso. Deleitarse en Dios también implicará llorar nuestro dolor a los pies de Cristo y en los brazos del Padre, que es *“Padre de misericordias y Dios de toda consolación”* (2ªCorintios1:3).

Nuestro amado Salvador *“no acabará de romper la caña quebrada, ni apagará la mecha que apenas arde”* (Isaías 42:3), sino que nos abrazará con ternura y consolará cada lágrima derramada. Será un precioso tesoro de tiempo de intimidad con Cristo y el Padre, al punto que todo dolor y herida habrán valido la pena por el puro hecho de poder experimentar estos gloriosos tiempos de sanidad e intimidad con Dios.

Aun cuando el consuelo nos resulte incompleto en este mundo, tenemos por cierto que *“las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (Romanos 8:18). Buscar y recibir el consuelo personal de Dios es parte de una vida que se deleita en Él.

¿Estás luchando con inmoralidad sexual, adicciones, pecados insistentes, etc.? No enfoques solo en el “no a la carne”, sino que también en el “sí al Espíritu”, en la relación personal de intimidad con Dios. Enfócate en saciar diariamente tu sed en Cristo buscándole en soledad y en grupo, en devocional personal y en el diario vivir, en oración, estudio de la Palabra y cánticos de gratitud.

Recordemos que, según Jeremías 2:13, todo pecado es rechazar primeramente a Dios y buscar un bien mayor que Dios fuera de Él. Por tanto, la solución estará en que volvamos, por medio del poder del Espíritu, a la adoración verdadera, al primer amor.

Si me siento sola, la solución está en comprender a Jesús como mi novio.

Si me siento frustrado, en acudir a Jesús para mi consolación.

Si quiero placer, en entender a Jesús como mi fuente de gozo.

Si lucho con la envidia por la aparente prosperidad del prójimo, la solución está en ver a Jesús como mi mayor tesoro.

Si siento deseos de venganza, en agradecer a Jesús que Él es mi redentor vengador.

Si me invaden pensamientos de auto-castigo, en alabar a Dios porque me ha dado perdón y justificación gratuita en Cristo Jesús.

Entendamos que nuestro privilegiado llamado como hijos de Dios es a vivir una vida de disfrute y adoración a Cristo. Al tener nuestros ojos puestos en Él, todo lo demás se pondrá en perspectiva y carecerá de valor comparado con el inmenso privilegio de conocer a Cristo Jesús nuestro Señor.

Nuestro bienaventurado llamamiento es a deleitarnos en y amar a Jesús.

A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. (Isaías 55:1)